

Geopolítica del Mediterráneo occidental. Consideraciones generales*

*JOSÉ MARÍA SERRANO MARTÍNEZ**
Universidad de Murcia*

Resumen

En el Mediterráneo occidental los contrastes son acusados entre el norte y el sur. Los diferentes indicadores demográficos y socioeconómicos lo confirman de forma sobrada. En buena medida, por esos motivos, se producen numerosos y constantes movimientos migratorios desde hace años. Por todo ello, la desestructuración y heterogeneidad espacial es notoria y se acrecienta de manera inquietante. Esta realidad, añadida a otras cuestiones de índole plural, relacionadas con las diferencias culturales y de civilización, hace que las relaciones entre esos países, si bien intensas, no están exentas de cierta complejidad. De ahí se deriva una situación geopolítica complicada, con apreciables tensiones entre los países situados a ambos lados. Ante el riesgo de que aumenten conviene analizar bien la realidad existente y actuar en consecuencia.

Palabras clave: diferencias demográficas, desarrollo económico, movimientos migratorios, geopolítica.

Abstract

In the western Mediterranean the contrasts between the countries of the south and the north are strong. The different demographic and socioeconomic indicators confirm this way it. In good measure, for those reasons, numerous and constant migratory movements take place for years. For everything it, the rupture and territorial heterogeneity is notorious. This reality, added to other questions of plural nature, related with the cultural differences and of civilization, he makes that the relationships among those countries, although intense, they

* Fecha de recepción: 20 octubre 2006.

** Catedrático de Análisis Geográfico Regional. Departamento de Geografía. Facultad de Letras. Universidad de Murcia. c/. Sto. Cristo 1 (Campus de La Merced), 30001 Murcia, E-mail: jmserran@um.es

are complex. Of there he is derived a complicated geopolitical situation, with appreciable tensions between the countries of the south and the north. In the face of the risk that they increase it suits to analyze the existent reality well and to act in consequence.

Key Words: demographics differences, economic developpement, migratory movements geopolitical.

1. Precisiones iniciales y acotación del tema

La percepción y el significado del territorio adquiere en la actualidad una dimensión diferente y, en cierta medida, no resulta exenta de una apreciable paradoja. La mundialización creciente y la visión global que adquieren las relaciones humanas, de cualquier índole, nos inducen a pensar que nos movemos dentro de un horizonte más amplio en el que se abarca, a menudo, al conjunto del planeta. Esto no sólo es cierto, sino que parece indiscutible y es imposible sustraerse a ello, sólo cabe encauzarlo de manera adecuada. Pero, al mismo tiempo, la realidad presenta problemas apegados de forma permanente, casi atávica, a las cuestiones derivadas de la realidad espacial, donde unos territorios próximos o cercanos se conducen de acuerdo con determinadas constantes que, a menudo, sólo encuentran explicación en sus antecedentes históricos. Es más, el peso de su discurrir lejano o más próximo impregna por completo las relaciones actuales. No es nada sencillo abandonar ese marco. Algunos de los estudiosos más destacados de tales asuntos hacen referencia a esta cuestión¹. Así, se advierte que, tal vez como defensa ante ese devenir imparable que conllevan las diferentes formas que acompañan la globalización, los diversos pueblos y comunidades humanas, se agarran a sus signos particulares de identidad, para hacer de ellos sus elementos de referencia singular, frente ese aspecto homogeneizador que aporta y representa un mundo globalizado².

Por consiguiente, acaso, no debe resultar extraño que en esta parte del planeta, la cual abarca las tierras que rodean al Mediterráneo occidental, tan cargado de una historia compleja, sostenida en muchos siglos de relaciones, intercambios, encuentros y confrontaciones, de muy dispar naturaleza, viva ahora, con cierta tensión, sus relaciones cotidianas. Tanto es así, que hacen de este espacio, por multitud de motivos, una de las regiones de confrontación del planeta³.

En este artículo el marco espacial de análisis utilizado abarca ocho Estados, cuatro al norte: Portugal, España, Francia e Italia; y cuatro al sur: Marruecos, Argelia, Túnez y Libia. Puede ser discutible emplear en todos los casos el conjunto de los territorios estatales; en vez de hacerlo así, quizás sería más ajustado a la realidad trabajar sólo con

1 Cfr. M. CASTELLS: *La sociedad en red, La era de la información: economía, sociedad y cultura; El poder de la identidad; Fin de Milenio*. Madrid, Ed. esp. Alianza Editorial, 1997-99, 3 vols., 590, 493 y 446 pp.

2 Y. LACOSTE, apunta con total rotundidad que: «los problemas de geopolítica no van a desaparecer con el desarrollo de la mundialización, sino que se van a ver modificados con numerosas interacciones», «Mondialisation et géopolitique», *Hérodote*, nº 108, 2003, pp. 3-43, cit. p. 4.

3 Este aspecto lo desarrolla ampliamente B. KAISER: «Géopolitique de la Méditerranée». *L'Information Géographique*, nº 4, 2001, pp. 289-303.

aquellas regiones claramente mediterráneas, en su sentido estricto de ubicación espacial. No obstante, estimo que las realidades de cada país, si bien registran notables disimilitudes en sus correspondientes ámbitos internos, también se caracterizan por otros numerosos rasgos comunes, más amplios, que aconsejan su consideración conjunta, a fin de entender mejor la realidad global. Uno de ellos, Portugal, ni siquiera es mediterráneo, en el sentido de que no está bañado por las costas de este mar, aunque participa en numerosos aspectos de la «mediterraneidad»⁴. Por su parte, los otros del norte, son territorios claramente de transición entre lo mediterráneo y atlántico; casos más palpables son los de Francia, Italia y, en menor medida, España. También en el flanco sur, en todos los países, se advierten diferenciaciones marcadas entre las áreas mediterráneas costeras y las extensas, áridas o desérticas del interior y aquellas otras más meridionales⁵.

Los cuatro Estados del sur, aunque no de forma común, se les engloba bajo la denominación de Magreb (algunos no incluyen Libia, mientras que otros si contabilizan Mauritania)⁶. En cuanto a los estados del norte, en buena medida, vienen a coincidir con la llamada Europa Mediterránea, acepción geográfica y latina (cultural y de civilización). Esta denominación genérica, desde una perspectiva geográfica, e incluso histórica, considero que es más comúnmente aceptada. Sin embargo, en este artículo, a menudo y para abreviar, con frecuencia haremos referencia a ellos, como norte y sur, simplemente.

Uno de los rasgos de la geografía es el campo tan vasto de asuntos sobre los que se interesa. Eso contribuye, también, a acrecentar su debilidad. La geopolítica, si bien no constituye en el presente una de sus ramas de investigación y estudio más fecundas, resulta difícil dejar de lado sus tremendas y destacadas implicaciones⁷. Hay autores que consi-

4 Si bien mucho se ha escrito acerca de lo que constituye la esencia de lo mediterráneo, creo que un punto de partida básico y esencial lo constituyen los rasgos de naturaleza fisiográfica, unidos a aquellos otros humanos, cultura, civilización, etc. Una síntesis muy clara y precisa de todo se encuentra en la obra de DEFFONTAINES, M.: *El Mediterráneo, la tierra, el mar, los hombres*. Barcelona, Ed. Juventud, 1972, 224 pp.; también se recomienda el trabajo conjunto dirigido por BRAUDEL, F.; DUBY, G. (dirs.): *El Mediterráneo*. Ed. esp. Madrid, Espasa-Calpe, 1987, 306 pp.

5 Cfr. al respecto el interesante estudio de M. DRAIN, M. (1997): «Paysages Méditerranéens». *Finisterra*, Lisboa, nº XXXII, 63, pp. 133-46. Por otra parte, una exposición acertada de todo se encuentra en la obra clásica de ISNARD, H.: *Pays et paysages méditerranéens*. P.U.F., París, 1973, 238 pp.

6 El término Magreb, que hace unos años se decía Mogreb, en castellano sin duda se está afianzando al paso de los años. La palabra, transcripción del árabe, (tierras de árabes del oeste), frente al de los árabes del este (Mashreck) hoy resulta muy común. No obstante, un geógrafo francés, precisamente nacido en Fez, Y. LACOSTE, hace referencia a esa tendencia, señalando que se hace dentro de una tendencia políticamente más correcta, a lo que él considera como denominación más acertada, Nordafrica. Pues en francés, desde los años sesenta, el vocablo «nordafi», encerraba un cierto sentido despectivo. Por ello, él reivindicó como término más preciso el antiguo de «berbería», ya empleado por E. RECLUS. LACOSTE, Y.: «Europe du Sud, Afrique du Nord». *Herodote*, 1999, nº 99, pp. 3-23. Referencia concreta en p. 7.

7 Entiendo que tal aspecto se desprende de las acotaciones que indica M. de TERÁN: *Introducción a la geopolítica de las grandes potencias*, Madrid, 1951, ed. Ibiza, 203 pp. al referirse a ella: «el objeto de la geografía política consiste esencialmente en esclarecer lo que en la forma y en la vida del Estado existe de geográfico, de fijar lo que el geógrafo alemán RITTER llamó el elemento geográfico de la Historia», y añade, p. 7: «Las relaciones entre el suelo y el Estado tienden a hacerse cada vez más complejas y los vínculos que unen uno al otro más fuertes, a medida que avanza el grado de civilización y de madurez de la política de un pueblo».

deran esta orientación de la disciplina geográfica como algo fundamental, insoslayable, casi consustancial con ella. En tal sentido y con toda rotundidad se pronuncia Y. Lacoste cuando escribe: «la geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad de la división del saber para el saber. Son esas prácticas estratégicas las que hacen que la geografía resulte necesaria, en primer término, a quienes son los amos de los aparatos de Estado... es decir, la geografía es un saber estratégico, un poder»⁸. De ahí se desprende que es necesario «saber pensar el espacio para saber organizarse en él, para saber combatir en él. Es importante disponer de un método para ver más claro y de un instrumento de ideas para poner orden en la confusión de la espacialidad diferencial»⁹. Postulados perentorios de los que no es sencillo discrepar.

Ahora bien, semejantes afirmaciones tan rotundas, expuestas con desparpajo, casi con un sentido provocativo, por el geógrafo francés, constituyen una novedad frente a la tradicional reserva que se ha tenido hacia lo que es la geopolítica y, muy especialmente, a lo que significó y acerca de cuáles fueron sus consecuencias y sus orientaciones determinantes¹⁰. Ahora bien, estoy convencido que se trata de dos cosas bien diferentes: una es la presencia constante, la realidad cotidiana y la práctica indiscutible y permanente de la geopolítica, que orienta y marca siempre los comportamientos de los Estados, como entes soberanos, y su conveniente aproximación a ella por quienes ejercen un mando y una estrategia de ámbito y proyección espacial y, otra, muy diferente, el sentido que tuvo en sus orígenes, el servicio que prestó y los fines a quienes sirvió y ayudó en otro tiempo, en determinados regímenes y circunstancias.

Una sucinta definición de geopolítica, fácilmente aceptable, señala que es: «la ciencia de las relaciones de ámbito mundial de los procesos políticos. Está basada en los amplios cimientos de la geografía, especialmente de la geografía política, la cual es la ciencia de los organismos políticos en el espacio y de la estructura de los mismos. Además, la geopolítica se propone proporcionar los útiles para la acción política como conjunto.

8 LACOSTE, Y.: *La geografía un arma para la guerra*. Barcelona, 1977, Anagrama, 156 pp. Cita de la página 7.

9 *Ibidem*, p. 135.

10 Frente a un sentido más aséptico (KJELLEN) que entendía la geopolítica como ciencia del Estado, como organismo geográfico y, significativamente, como soberanía, se alzaron las ideas de RATZEL, citadas en otra parte de este trabajo, que veían al Estado como un organismo imperfecto, sujeto a determinadas conformaciones del suelo y la situación del territorio. Así las leyes del desarrollo de los entes políticos, el 'lebensraum', el dominio de los mares, etc... tuvieron una ocasión propicia, de justificación para el expansionismo de ciertos Estados. No es casualidad que tanto Gran Bretaña como Alemania encontraran teóricos que justificasen esos conceptos, si bien con diferente signo y talento. Cfr. H.J. MACKINDER: «The geographical pivot of History». *Geographical Journal*, vol. 23, 1904, pp. 421-444. Y: «The scope and methods of geography». *Proceeding of the Royal Geographical Society*, vol. 9, 1887, pp. 35-56. Además de las otras de RATZEL, referidas en otras páginas de este trabajo.

De ese modo, la geopolítica se convierte en un arte, es decir, el arte de guiar la política práctica. La geopolítica es la conciencia geográfica del Estado»¹¹. Incluso, con mayor sencillez Arthur Dix se refería a ella en 1922, en los siguientes términos: «es la ciencia, una rama de la Geografía, que estudia la morada y la esfera de poderío de los Estados. Su campo de observación es toda la superficie de la Tierra, contemplada como un lugar de actividad de las sociedades humanas y escenario donde se desarrolla la vida de los pueblos organizados en Estados. Océpase, por consiguiente, de las relaciones de las colectividades políticas con el espacio que habitan y el área de tráfico»¹². Pocas objeciones cabe hacer a semejantes afirmaciones¹³.

Se atribuyen a F. Ratzel sus primeras elaboraciones más ambiciosas desde una perspectiva teórica¹⁴. Éste se encuentra inmerso en la corriente de pensamiento positivista imperante en su tiempo (fines del siglo XIX). Su contexto, pues, es la Alemania Bismarkiana, que estaba consolidando su unificación, y en medio de un marco europeo en el cual los sentimientos nacionalistas y los intereses imperialistas, cifrados en el proceso de expansión colonial ultramarina, constituyen una preocupación fundamental. En ese sentido, en la línea con lo que Fichte escribe en sus discursos a la Nación Alemana (1807-8) utiliza conceptos biológicos para la interpretación de hechos englobados en la geografía política. Se concibe, pues, al Estado como un ser vivo sometido a un proceso de evolución constante en el que es posible distinguir diversas fases, desde el nacimiento inicial, hasta la madurez, seguidas del declive y pueden terminar, finalmente, tras la senectud, con su propia desaparición¹⁵.

Su deriva hacia el determinismo ambiental, tal vez le indujeron en su sesgo ideológico según el cual, para Ratzel «los seres vivos –en este caso los Estados– intentan permanentemente ampliar su territorio a expensas de los circundantes, en particular cuando la presión sobre el suelo se hace intensa debido al aumento de la población. De ahí se infiere una tensión, reflejada particularmente en las zonas fronterizas, que acaba con la

11 Es la definición debida a KJELLEN, recogida en la página 27 de obra: MÉNDEZ, F.; MOLINERO, F.: *Geografía y Estado. Introducción a la Geografía Política*. Madrid, 1984, Ed. Cincel, 135 pp.

12 Cita de la página 56 del libro de VICENS VIVES, J.: *Tratado general de geopolítica. El factor geográfico y el proceso histórico*. Barcelona, ed. Vicens Vives, 1981, 242 pp.

13 También resulta de interés el intento que hace en España, en época temprana, el geógrafo A. MELÓN, por buscar un discurso para la geopolítica, menos comprometido de los cauces por donde los llevaba la corriente alemana: «Geopolítica o geografía política: su posible contenido». *Estudios Geográficos*, nº 2, 1941, pp. 5-53.

14 La primera edición de la obra de F. RATZEL, vol. I se hace en 1882, con el título: *Anthropogeographie. Grundzüge der Anwendung der Geographie auf die Geschichte*. El segundo volumen aparece diez años más tarde, en 1891, con la denominación: *Die Geographische Verbreitung des Menschen*. Ambos publicados en Stuttgart. Una exposición resumida de la significación de estas obras en los inicios de la geopolítica se encuentra en la obra ya citada de R. MÉNDEZ y F. MOLINERO 1984, pp.17-22.

15 Cfr. la obra referida de J. VICENS VIVES. Debe tenerse presente que su primera edición corresponde a abril de 1950, menos de cinco años después de finalizar la segunda Guerra Mundial. A pesar, de ello, y de la opinión general existente hacia la geopolítica, la valentía de este autor es manifiesta al ocuparse de tales asuntos.

expansión del más fuerte. Los grandes Estados —o quienes aspiran a serlo— deben, por tanto, crecer de modo progresivo a expensas de la independencia e incluso de la propia existencia de los pequeños, de tal suerte que la superficie terrestre acabará naturalmente dividida en unos pocos estados de grandes dimensiones (doctrina del macroestatismo)¹⁶. De esa guisa, la tendencia a ocupar espacios cada vez mayores está en la base del progreso mismo y, por ello, a medida que el territorio de los Estados se hace mayor, no es sólo el número de kilómetros cuadrados el que crece, sino también su fuerza colectiva, su riqueza, su poder y, finalmente, su duración. En un sentido contrario, los Estados que entran en decadencia registran un papel declinante de su espacio, con una posible reducción de su pérdida territorial¹⁷.

Con facilidad se deduce que con esos planteamientos drásticos y parciales se da pie a justificar el expansionismo territorial (con las guerras implícitas que conlleva), así como a otros desvaríos y barbaridades, todas las cuales estuvieron de sobra presentes en la Alemania del segundo tercio del siglo XX, y por extensión en otras partes del planeta. Debido a tales antecedentes y a sus derroteros posteriores, no resulta extraño comprender el tremendo desprestigio que ha rodeado a la geopolítica y a todo lo relacionado con ella vinculada, desde el citado periodo de entreguerras, al expansionismo y la siguiente barbarie nacional-socialista. El práctico abandono posterior de esta disciplina se explica desde semejantes perspectivas¹⁸. El recelo hacia la geopolítica casi no ha desaparecido¹⁹. Sin embargo, todo ello no puede ocultar la tozuda realidad. Los conflictos entre pueblos y Estados, gobernados y orientados bajo las ideologías más dispares, no han cesado de estar presentes hasta nuestros días²⁰. Sin una consideración del territorio, como elemento esencial y substrato material, difícilmente se entienden muchos de ellos. De ahí el acierto del vaticinio expuesto hace años por J. Vicens Vives cuando dijo: «la Geopolítica en su concepto y su método terminará abriéndose el hueco que le corresponde en el seno de los estudios geográficos, históricos y económicos. Entonces habrá perdido el carácter agresivo,

16 Tomado de la obra citada de MÉNDEZ y MOLINERO, p. 19.

17 Cfr. diferentes trabajos de RATZEL, el cual es considerado, generalmente, como fundador de la moderna geografía política, concebida ya como disciplina sistemática dentro del ámbito de la geografía humana, pero con un objetivo específico y diferenciado de análisis. Ratzel, F.: *La Terra e la vita. Geografia comparativa*. (ed. it.), Turín, Unione Tipografico-Editrice, 1905. F. RATZEL: *Politische Geographie*. Berlin, 1923, R. Oldenburg. RATZEL F.: «El territorio, la sociedad y el Estado», 1916. En: GÓMEZ MENDOZA, J., et al.: *El pensamiento geográfico*. Madrid, ed. esp., Alianza Universidad 1982, pp. 193-203.

18 Así, hay que esperar bastantes años para encontrar enfoques menos politizados para la Geopolítica. Cfr. los trabajos de A.L. SANGUIN: «L'évolution et le renouveau de la géographie politique». *Annales de Géographie*, 1975, n° 463, pp. 275-296 y: *Geografía Política*. 1981, Barcelona, ed. esp., Oikos-Tau. También me parecen aportaciones significativas los coordinados por P. J. TAYLOR, así, por ejemplo: TAYLOR, P.J. (eds.): *Political Geography: recent advances and future directions*. 1984, Londres, Croom Helm; TAYLOR, P. J. (eds.): *Political Geography of the Twentieth Century. A Global Analysis*, Londres, Belhaven Press, 1993.

19 Véase el trabajo de LÓPEZ TRIGAL, L.; BENITO del POZO, P.: *Geografía Política*, Madrid, ed. Cátedra, 1993, 306 pp.

20 Incluso en nuestro tiempo, en plena mundialización, esas cuestiones afloran, si bien con otra perspectiva, así lo señala M. SANTOS: *De la totalidad al lugar*. Barcelona, ed esp., Oikos-Tau, 1995.

violento e imperialista que le dio la escuela de Munich-Heidelberg, y que la ha hecho tan poco simpática a las personas ecuanímes. A lo largo de las teorías geopolíticas pululan excesivos fantasmas y aún más tremendos recelos»²¹. El paso de los años le ha dado la razón de forma sobrada. La realidad cotidiana, si se desea entenderla en su auténtica dimensión, impone con nitidez, análisis e investigaciones donde los aspectos geopolíticos alcancen su verdadera dimensión.

Como suele suceder en cada época, los planteamientos y el propio funcionamiento de la geopolítica se adapta a las nuevas características y el ritmo de los tiempos. Por ello, la sutileza y el cuidado de las formas puede aparecer ahora más necesario. Lo políticamente correcto amplía, se intensifica, exige formulaciones diferentes. Pero, todo ello, no debe confundirnos. Si se escarba detrás de esas formas exteriores, aparecen siempre tensiones y diferencias que obedecen a similares planteamientos e intereses que en poco difieren de aquellos otros que han estado siempre tras las relaciones de poder derivadas de las entidades estatales²². La progresiva institucionalización de organizaciones supranacionales conllevan y exigen ciertas pautas que en otros tiempos no alcanzaban tanta relevancia. Sin duda todo ello contribuye a mantener y guardar unos protocolos de actuación más refinados, los cuales, repito, tienen más que ver con las formas que con el fondo. Esa es una de las mayores transformaciones concierne a los cambios registrados por los propios sujetos. Los Estados, en el ejercicio de su soberanía, no siempre les resulta armonioso combinar sus propias actuaciones con las exigencias derivadas de ese mundo globalizado, cada vez más presente y vivo, que traslada a las situaciones concretas el respeto institucionalizado hacia la Comunidad Internacional. En el caso de Europa Occidental, donde se engloban los cuatro Estados del norte aquí incluidos, hace ya casi medio siglo que se inició un proceso de construcción supraestatal, la Unión Europea, que, tras su devenir incierto y renqueante, representa un nuevo sujeto en ciernes²³. Pero, de nuevo, la realidad originada por cuestiones concretas hace aparecer la actuación singular de cada Estado, como ente definitivo, soberano por antonomasia, que se encuentra sólo frente a la toma de decisiones apremiantes.

De la misma manera, y quizás sólo comprensible dentro de ese proceso general de globalización, los Estados ya no son sólo los sujetos partícipes de la geopolítica. Hay quien afirma que otro de los rasgos de nuestro tiempo es la creciente importancia del sentimiento de pertenencia hacia una civilización²⁴. Las denominadas civilizaciones resurgen como colectivos que se ven envueltos, en tanto que sujetos activos, del funcionamiento

21 VICENS VIVES, op. cit. p. 7.

22 Son de gran interés las aportaciones que se encuentran en: CHALIAND, G.; RAGEAN, J.P.: *Atlas Geoestratégico y Geopolítico. Geopolítica de las relaciones de fuerza en el mundo*. Madrid, 1984, ed. esp., Alianza Editorial. DRYSDALE, A.; BLAKE, G.H.: *The Middle East and North Africa. A Political Geography*. Oxford, Oxford University Press, 1985.

23 Cfr. SÉDILLOT: *Europa, esa utopía*, Madrid, ed. esp. Guadarrama, 1971.

24 Es de gran interés, al respecto, las opiniones vertidas por A. J. TOYNBEE: *Estudio de la Historia*. Madrid, ed. esp. Alianza Editorial, 1979, 3 vols.

de la geopolítica. Ahora bien, tampoco ello es nuevo del todo. Pues en el fondo, desde el propio medioevo, es fácil encontrar situaciones parecidas que nos pueden recordar cuanto ahora acaece.

De esa forma, el funcionamiento de la actual realidad territorial de las relaciones internacionales se lleva a cabo siempre dentro de un juego más amplio y complejo que precisa de la combinación dispar de escalas territoriales diferentes, las cuales se combinan y entrecruzan sin cesar. Constantemente es necesario recurrir a las que se detienen en meros ámbitos regionales, infraestatales, para pasar a las que abarcan al conjunto de los Estados, sin tampoco olvidar las que engloban ámbitos más extensos, bien a los que ocupan toda una civilización o a parte de ella. Esta combinación y juego de escalas es difícil conjugar; hace apasionante su tratamiento, pero es la única forma posible de no perderse en el maremagnum de las numerosas situaciones entretrejidas que nos rodean.

Cualquier análisis en el que se abarque la intención de abordar asuntos de naturaleza geopolítica implica, por fuerza, una clara proyección de futuro, en el sentido de que se analiza la realidad presente, con la vista puesta en los comportamientos y hechos que podrán desencadenarse en años venideros. En tal sentido el riesgo asumido es evidente, ya que todo lo que pueda suceder permanece pleno de imponderables. Más aún, esto se ve agravado por los ritmos precipitados propios de nuestro tiempo, pues en materia de geopolítica y geoestrategia es palpable que la situación presente camina hacia un devenir más complicado. Hay quien habla incluso de una «geopolítica del caos» (I. Ramonet, 1997) para definir este periodo que vive el mundo. La incertidumbre es la palabra clave²⁵. No obstante, precisamente por eso resulta más interesante estudiar la compleja realidad que nos rodea, desentrañando los diversos aspectos convergentes en ella, tratando de alcanzar sus numerosos matices. Sólo a través de esa visión amplia y detallada de nuestra realidad, no será posible predecir el futuro, pero sí ser más conscientes de cuáles son las previsibles líneas por donde puede discurrir y los riesgos más presumibles que pueden presentarse.

Dada la complejidad del asunto, a continuación se acotan algunos aspectos englobados en el tema que serán los únicos analizados o a los que se hará referencia oportuna en las páginas que siguen:

La dispar dinámica demográfica seguida por los países del norte y el sur de esta área del Mediterráneo está configurando realidades muy dispares que propician necesidades de sus colectivos humanos diferentes, emigratorias en unos casos y de recepción de inmigrantes en otros, como aspectos más llamativos. En la medida en que esta tendencia no se modifique la posible confrontación de intereses irá en aumento.

25 Entre otros autores que hacen referencia a ello, cabe referir a I. RAMONET: *Un mundo sin rumbo, crisis de fin de siglo*. Madrid, Temas de Debate, 1997, 246 pp. Este autor afirma igualmente: «el sentimiento de permanencia a una civilización cobra cada vez más importancia», *Ibidem*. p. 133. Esto sucede dentro del «modelo de archipiélago: islas cada vez más numerosas de pobres en el norte, islotes cada vez más concentrados, de ricos en el sur», *Ibidem*. p. 245.

El grado y nivel de desarrollo económico de los países situados en ambas orillas, con ciertos matices singulares dentro de cada área, indica un contraste muy marcado. Diferencias por persona superiores o cercanas a una proporción de uno a siete son las más comunes. No es preciso insistir en que este acusado contraste, que se inicia hace tiempo y que el paso de los años no atisba signos de cambio, conforma una realidad escandalosa²⁶. Los riesgos de convivencia entre vecinos con semejante disparidad de riqueza y bienestar, anuncia conflictos, tensiones y problemas futuros de muy disímil naturaleza.

Desde hace catorce siglos, con la aparición del Islam, se rompe la unidad creada por el Imperio Romano y el cristianismo. Desde entonces, con fluctuaciones territoriales esta área de mediterráneo pasa a ser una de las bandas de confrontación entre esas dos civilizaciones. Durante tantas centurias transcurridas los periodos, de diferente signo, se han sucedido; unos de claro enfrentamiento, con decenas de años de continuas guerras, agresiones, frente a otros de calma y colaboración. Pero, desde entonces, jamás se ha llegado a una general y dilatada presencia de vida en común, apacible, ni, menos aún, a una simbiosis entre ambas²⁷.

Recientemente se asiste a una aparente paradoja. Frente a la riqueza y poder de los países del norte, el empuje de las gentes procedentes del sur y la presencia ya afianzada de numerosos colectivos de residentes desde esas áreas meridionales en los del norte, está siendo cada vez más viva. Todo eso plantea numerosas cuestiones. La laicidad más extendida en el norte y el funcionamiento de regímenes político-sociales basados en la libertad y el respeto a los derechos humanos, resulta difícil hacerlo compatible frente a un confesionalismo declarado y un Islam militante que reivindica en ello uno de sus principales rasgos de identidad. Cada vez son más frecuentes los casos de autocensura y limitación de la propia libertad de expresión vividos en el norte, en aras de no molestar a los seguidores del Islam. Las cesiones continuadas no parecen cumplir su efecto de aplacar el celo de los fundamenalistas y propiciar la convivencia. Más bien se toman como un progresivo retroceso, una debilidad, que lleva a sucesivos avances, desde donde demandar nuevas peticiones.

Tal vez en los rasgos intrínsecos que caracterizan la civilización de los Estados del norte, que constituyen su propia razón de ser, radican algunas de las causas de su debilidad. Frente a todo ello, las exigencias del sur provienen de esgrimir su antigua situación colonial, de explotación, actual pobreza, etc. Reivindican sus derechos y la obligación de cumplirlos, en aras de los propios fundamentos de libertad y respeto que recogen las liberales sociedades occidentales. Todos estos asuntos, que se viven cada vez con mayor viveza en estas tierras, sólo es posible entenderlos dentro de cuanto sucede en otra escala territorial más amplia, que tiene al conjunto del Islam como protagonista y como civilización de gran peso en el conjunto mundial.

26 Es discutible la interpretación que aporta sobre ese tema Y. LACOSTE: *El nacimiento del tercer mundo: Ibn Jaldun*. Madrid, ed. esp. Península, 1971, 316 pp.

27 Cfr. Y. LACOSTE: «La Méditerranée». *Herodote*, n° 103, 2001, *Géopolitique de la Méditerranée*, París, pp. 3-39.

A las conocidas teorías del choque de civilizaciones se intentan contraponer promesas que propugnan las alianzas de civilizaciones. Pero, la realidad confirma que el tiempo transcurre y las contradicciones que subyacen en estos asuntos no parecen perder intensidad, antes bien, sucesivos hechos y la propia dinámica de su comportamiento parece anunciarnos una agravación de tales situaciones.

Acaso conociendo mejor la dimensión y gravedad de cuanto sucede será posible trabajar con más tino por un futuro en paz y convivencia entre las naciones como señaló Emmanuel Kant. Pero hay signos evidentes de que el mundo real se asemeja mucho a lo que postulaba Thomas Hobbes. Creemos, siguiendo a Hugo Grocio, que debemos esforzarnos por construir unas relaciones internacionales justas y equilibradas, siempre que ello sea posible. Así lo deseamos la mayoría.

2. Población, recursos, desarrollo económico y flujos migratorios

En estos diferentes apartados generales, así como en otros que puedan abarcarse, queda siempre de manifiesto la existencia de abultadas diferencias entre los países mediterráneos de ambos lados del estrecho, sin que ello signifique una homogeneidad en ninguna de las dos partes. Así, en lo referido a sus aspectos demográficos, los datos absolutos tal vez

CUADRO I
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN, VALORES ABSOLUTOS (EN MILES)

	1950	1980	2000	2005	2025*(estimación, millones)	Diferencia 1950-2005
Portugal	8.150	9.794	9.873	10.605	11,5	2.455
España	28.172.	37.746	40.847	43.975	47,0	15.803
Francia	42.585	54.334	60.886	61.044	63,0	18.459
Italia	47.138	56.556	57.343	58.133	60,0	10.995
Suma	126.045	158.430	168.949	173.757	181,5	47.712
Marruecos	9.844	19.443	27.867	33.241	41	23.397
Argelia	8.676	19.422	30.774	32.930	43	24.254
Tunez	3.230	5.588	9.460	10.175	14	6.945
Libia	1.124	1.775	5.471	5.853	9	4.699
Suma	22.875	46.228	73.572	82.199	107	59.324
Total área	148.920	204.658	242.521	255.956	288,5	107.036
% Norte	84,64	77,41	69,66	67,88	62,91	44,57
% Sur	15,37	22,58	30,33	32,12	37,09	55,43

Fuente. Elaboración propia sobre datos de la O.N.U., Calendario Atlante de Agostini, World Population Prospect, 2005, *datos provisionales.

son los que mejor señalan esa situación contrastada. En 1950 los cuatro Estados europeos sumaban 126,04 millones de personas, mientras que los cuatro del sur contabilizaban 22,87 millones. Eso quiere decir que sobre el total de población registrada en sendos lados del Mediterráneo, el 84,64 % corresponde a los primeros, frente el 15,37 % a los segundos. Igualmente, junto a una densidad media de población de 87,33 h/km² en el norte, en el sur sólo se alcanzaba una modesta cifra: 4,78 h./km². Tras esas densidades medias, se encierra un arco amplio de situaciones: oscilan entre 0,6 a 21,4 h./km² en el sur y 55,6 a 156,4 en el norte. Un contraste, por tanto, que sobrepasa por su escandalosa dimensión. Los cuadros 1 y 2 especifican con detalle esos valores.

CUADRO 2
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN, VALORES PORCENTUALES, 1950,
BASE 100

	1950	1980	2000	2005	2025*
Portugal	100	120,17	121,14	130,12	141,10
España	100	133,98	144,99	156,09	166,83
Francia	100	127,58	142,97	143,34	147,93
Italia	100	119,97	121,64	123,32	127,28
Suma	100	125,69	134,03	137,85	143,99
Marruecos	100	197,51	283,08	333,67	416,49
Argelia	100	223,85	354,70	379,55	495,62
Tunez	100	173,00	292,87	315,01	433,43
Libia	100	157,91	486,78	520,72	800,71
Suma	100	202,08	321,62	359,33	467,75

Fuente. Elaboración propia sobre datos de la O.N.U., Calendario Atlante de Agostini, World Population Prospect, 2005, *datos provisionales.

De sobra es conocido que la distribución espacial de los efectivos demográficos en el planeta casi nunca registra situaciones regulares. Al contrario, las desigualdades en su distribución espacial suelen ser habituales. Pero cuando eso sucede en espacios vecinos, pueden surgir ciertas tensiones, como ocurre en este caso.

Las causas que motivaron esa situación contrastada son numerosas y de diferente naturaleza. De una parte, no hay que olvidar ciertas condiciones naturales, que, en alguna forma, ayudan a entender lo ocurrido. Así, la aridez extrema en extensas partes del sur, representan limitaciones apreciables²⁸. No obstante, debe considerarse que más que en

²⁸ Un análisis muy interesante sobre la dispar organización del espacio, con áreas de fuerte concentración y otras de auténtico vacío se encuentra en el trabajo clásico realizado por H. BEGUIN: *L'organisation de l'espace au Maroc*. Lieja, Académie Royale des Sciences d'Outre Mer, 1973, 787 pp.

las causas de índole natural, cabe buscar la explicación de semejante disparidades en la diferente evolución histórica de unos y otros Estados²⁹. Por diversas circunstancias, de sobra conocidas, estos países del norte de África van quedándose rezagados, sin participar plenamente en la modernización económica, ni la innovación industrial; frente a los de Europa que, si bien de muy diferente forma y grado entre sí, logran emprender numerosas transformaciones que permiten un avance demográfico mayor. Por consiguiente, ya en ese punto inicial de análisis, las diferencias de población, entre unos Estados y otros, son apreciables, como lo son también sus dimensiones espaciales, además de otros aspectos socio-económicos numerosos, a los que más adelante se hará alguna referencia, si bien de forma muy sucinta

Los años que van de 1950 a 1980 se pueden considerar como una fase en la que se producen notables cambios y transformaciones en el comportamiento demográfico, que propician las modificaciones acaecidas en el devenir de los años posteriores. Los cuatro países del norte, consiguen incrementar sus efectivos humanos en 32,3 millones, al tiempo que los del sur lo hacen en 23,3. Ambas son cifras elevadas, consecuencia de ciclos demográficos con altas tasas de natalidad (si bien, superiores en el sur), a la vez que la mortalidad se va reduciendo (y lo hace con más intensidad en el sur, al partir de unos umbrales más amplios). Así, ambas magnitudes finales son casi semejantes, a pesar de las acusadas diferencias de tamaño entre sus colectivos humanos. Por eso, si consideramos el conjunto de toda la población del área, el sur aumenta su proporción en 7 puntos, (llega a significar el 22,58 %); en tanto que el norte, retrocede esa misma proporción, quedándose en 77,42 %, en vez del 84,64 % inicial.

Durante esos treinta años, las tasas de fecundidad de los países del sur casi triplicaban a los del norte; también, a pesar de los movimientos migratorios y el disímil comportamiento de otros aspectos demográficos, las tasas de crecimiento eran muy dispares entre ellos, como puede comprobarse en los datos del cuadro 3. De esa forma, a lo largo de los treinta años señalados, mientras que los países del norte, incrementan su población en un promedio del 25,6 %, los del sur, la duplican (el valor 100 de 1950 se convierte en 1980 en 202,08); véase al respecto los datos del cuadro 2.

29 Es muy interesante el análisis que hace al respecto X. De PLANHOL, acerca de las influencia que tiene la aridez para los asentamientos humanos, PLANHOL, X.: *Les fondaments géographiques de l'Histoire de l'Islam*. París, Flammarion, 1968, 442 pp. No obstante, no cabe duda que como indica, BRAUDEL, son los aspectos históricos los que han ido determinando ese dispar grado de evolución y crecimiento demográfico, BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid, ed. esp. Fondo de Cultura Económica, 1968, 2 vols., pp. Esto se acrecienta muy especialmente, a partir de la revolución industrial (siglo XVIII, sobre todo), cuando el Magreb queda claramente descolgado de ella, su dinámica demográfica se va rezagando. CIPOLLA, C.: *Before the Industrial Revolution*. 1976, Londres, Methuen and Co.

CUADRO 3
DIFERENCIAS ESPACIALES DE CRECIMIENTO

	1950		1980		2000		2005		
	Tasa de fecundidad. Total nacimientos por mujer	Tasa de crecimiento	Tasa de fecundid., Total nacimientos por mujer	Tasa de crecimiento	Tasa de fecundidad. Total nacimientos por mujer	Tasa de crecimiento	Tasa de fecundidad	Crecimiento anual, 2000-2005	% población -15 años
Portugal	2,9	0,7	2,2	0,4	1,5	0,1	1,47	0,5	17,6
España	2,8	0,8	2,2	0,3	1,2	0,0	1,27	1,1	14,2
Francia	2,1	0,5	1,9	0,5	1,8	0,4	1,87	0,4	15,3
Italia	2,1	0,2	1,6	0,1	1,2	0,0	1,28	0,1	14,8
Marruecos	6,8	2,5	5,4	2,8	3,8	1,7	2,76	1,5	31,6
Argelia	7,2	2,1	6,7	3,0	3,9	1,8	2,53	1,5	32,4
Tunez	6,4	1,8	5,2	2,1	3,2	0,9	2,00	1,1	29,7
Libia	7,3	2,2	6,5	3,8	4,6	2,5	3,03	2,0	34,8

Fuente: Banco Mundial, Tablas de Población, O.N.U.

CUADRO 4
POBLACIÓN Y TERRITORIO

	Superficie km ²	Densidad 1950	Densidad 2005	Diferencia 2000-2005	Población Urbana, 1980	Población Urbana 2005
Portugal	91.985	88,60	108,23	19,63	49	55
España	505.954	55,68	86,91	31,23	73	77
Francia	543.965	78,28	117,73	39,45	73	76
Italia	301.302	156,44	192,93	36,49	66	68
Suma/media	1.443.206	87,33	120,39	33,06		
Marruecos	458.730	21,46	72,46	51,00	41	57,5
Argelia	2.381.741	3,64	13,82	10,18	44	62
Tunez	163.610	19,74	62,19	42,45	52	63
Libia	1.775.500	0,63	3,29	2,66	71	86
Suma/media	4.779.581	4,78	17,19	12,41		

Fuente. Elaboración propia, sobre datos señalados en el cuadro 1

En esos lustros se producen numerosos cambios que afectan a toda el área. Resumiendo en extremo lo acaecido, cabe señalar lo siguiente:

- a) De una parte, durante los primeros años se produce la independencia de los países mediterráneos del Sur. Unos la consolidan antes, Libia; otros tardan más, Túnez, Marruecos y Argelia. Eso introduce apreciables modificaciones en su territorio y en sus actividades socio-económicas; abriendo ciertas expectativas que, pasado el tiempo, muchas veces la realidad confirma dónde han ido a parar tantas ilusiones. Apenas queda poco de todo ello.
- b) La natalidad y el crecimiento vegetativo en los países del norte, europeos, comienzan un descenso progresivo, con reducción continuada de sus índices de nacimientos; aunque también disminuye la mortalidad, en menores cifras; por lo cual el incremento poblacional se amortigua de forma progresiva.
- c) Al contrario, en los del sur, la natalidad se mantiene alta, con elevada fecundidad, junto a una reducción de la mortalidad; eso propicia un aumento vegetativo fuerte, en consonancia con los datos antes apuntados.
- d) De esa forma, las diferencias en el volumen global de población contabilizados en cada Estado, y de sus correspondientes densidades medias, muestran, tras muchos años de aumento de las disimilitudes, una ligera aproximación³⁰.

Entre 1980 y 2005, el segundo periodo temporal que podemos distinguir, se advierten los siguientes hechos más sobresalientes:

La evolución demográfica entre las dos partes incrementa su disimilitud. Los países del norte suman 15,3 millones de personas más, (aproximadamente algo más de la mitad de lo contabilizado en el periodo anterior); mientras que los Estados del sur suman 35,9 millones de habitantes, en torno a un cincuenta por ciento más de la cantidad inicial aumentada en el periodo precedente. De esa forma, en el 2005, sobre el total de la población de los ocho Estados, los del norte, reducen su porcentaje de participación, quedando en 67,88 %, en tanto que los del sur lo aumentan, ascendiendo al 32,12 % (cuadro 1). Tal vez la comparación de los valores porcentuales proporcionan fáciles elementos de referencia. Con esa evolución diferenciada, sobre la base 100 de 1950 para el conjunto regional, los países del norte, en 2005 ese porcentaje se eleva al 137,85 %, mientras que los del sur, sitúan idéntica proporción en 359,33 % (cuadro 2). Todo ello confirma la disparidad de los ritmos diferenciados de evolución de sus efectivos humanos³¹. Véanse los dos mapas de la figura 1.

30 Ya en la obra coordinada por P.R. BADUEL: *États, territoires et terroirs au Maghreb*. París, C.N.R.S., 1985, 421 pp. se hace un estudio con cierto detalle de estos aspectos demográficos; transcurridos veinte años de su publicación se constata que gran parte de sus afirmaciones eran precisas y con tino.

31 Un estudio interesante sobre este asunto se encuentra en CASTELLANI, M.: «Types d'évolution démographique des régions européennes de Méditerranée occidentale». *L'Information Géographique*, 2001, nº 4, pp. 352-367. Igualmente, para los países del sur se pueden cotejar numerosos trabajos que aparecen en la obra dirigida por Y. LACOSTE: *L'Etat du Maghreb*. París, La Découverte, 2000, 572 pp.

RECURSOS HUMANOS

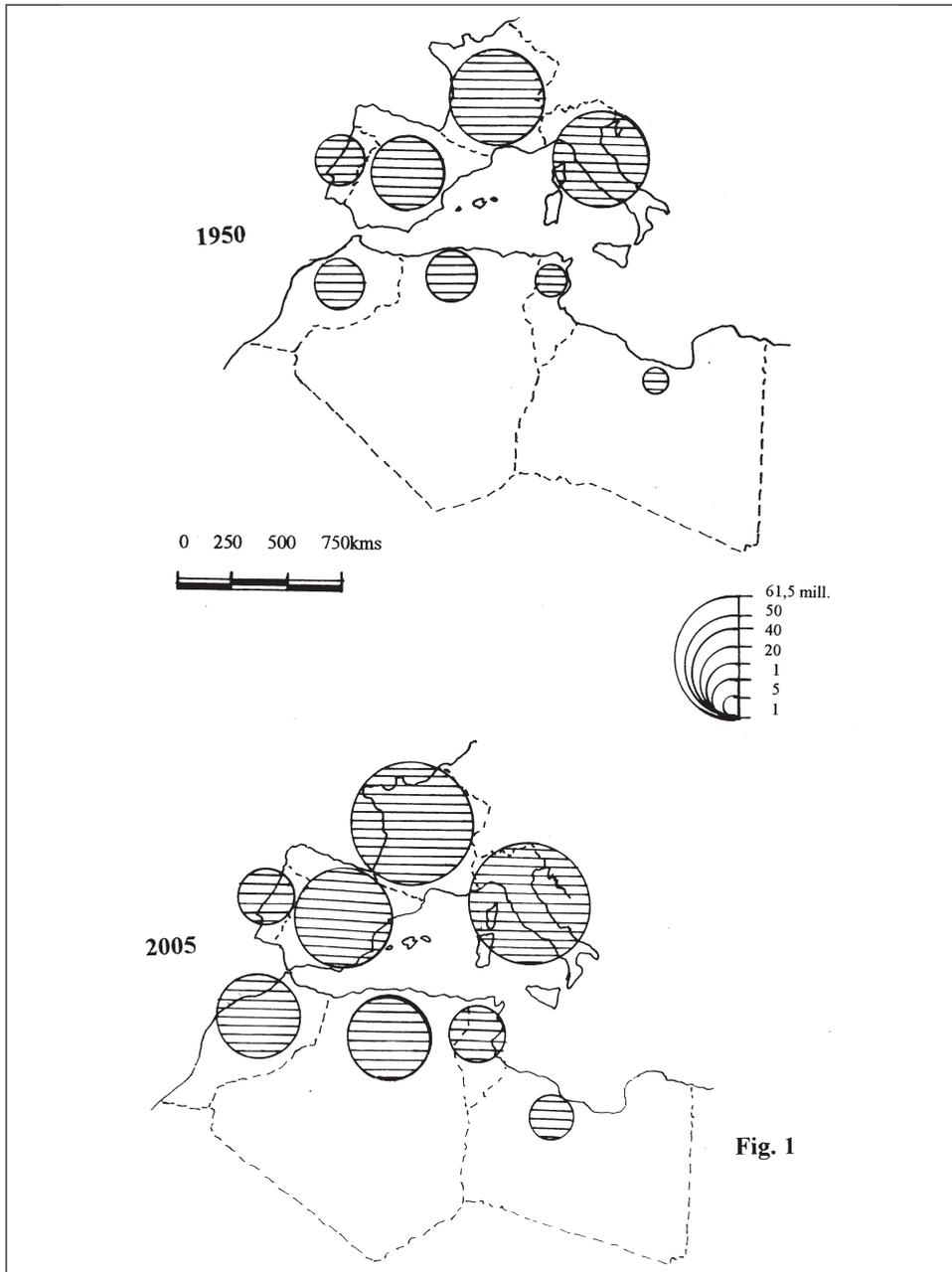


FIGURA 1.

A pesar de todo ello, las densidades de población de las dos partes del Mediterráneo siguen mostrando contrastes muy marcados. Basta cotejar las dos cifras correspondientes a 2005; 120,39 h./km² en el norte frente a 17,19 h./km² en el sur. Pero, eso se debe en parte a la considerable extensión superficial que cuentan algunos países del sur, como consecuencia de los trazados fronterizos de procedencia colonial, en especial, Argelia y Libia (con incorporación de amplias partes del inmenso Sahara), y a las conocidas limitaciones climáticas que predominan en buena proporción de ellas. Todo lo cual propicia que, dentro de cada Estado, es fácil diferenciar realidades muy contrastadas³². En tal sentido, debe añadirse que sobre esas densidades estatales, a menudo muy débiles, se registran diferencias internas acusadas. Mientras que en algunas áreas los valores son muy bajos, de menos de 5 habitantes kilómetro cuadrado, en otras se concentran cifras elevadas, superiores a los 200. Ello origina situaciones de fuerte acumulación poblacional, que dada su orientación económica, donde las actividades agropecuarias mantienen un excesivo protagonismo, propicia una fuerte presión poblacional que impulsa con frecuencia flujos emigratorios destacados³³.

En esos últimos años (1980-2005), por tanto, se configuran y confirman dos modelos contrapuestos de evolución demográfica. Más dinámico y con aumento considerable de población en el sur, y más débil, con cierta tendencia hacia un estancamiento, en el norte. De todas maneras, conviene, tras esa afirmación global, buscar ciertos matices que, no sólo explican mejor lo acaecido, sino que también permiten avizorar e intuir el inmediato devenir. Algunas cuestiones más llamativas se aportan a continuación:

- 1º) Dentro de los países del norte, se advierten ciertas diferencias, aunque siempre sobre unas pautas comunes derivadas de la referida tendencia a disminuir el crecimiento demográfico hasta acercarse a niveles mínimos. Así, mientras que en España, por ejemplo, se produce una reducción más tardía del crecimiento, intensificándose después, con un repunte reciente de su población³⁴; en Francia se mantienen mayores tasas de crecimiento y una regularidad en su dinámica de evolución. El caso de Italia se asemeja a España; en tanto que Portugal mantiene una posición intermedia.

32 Véase BETHMONT, J.: *Géographie de la Méditerranée*. París, Armand Colin, 2000, 313 pp. Otro trabajo de gran interés, para entender las pautas básicas seguidas en los trazados fronterizos, con referencias concretas al caso que nos ocupa es: GUICHONET, P.; RAFFESTIN, C.: *Géographie des frontières*, París, Presses Universitaires de France, 1974.

33 Cfr. KODMANI-FARWISH, B. *Magreb: Les années de transition*. París, Ed. Masson, 1990.

34 En gran medida, el reciente incremento de la población española se debe a la llegada copiosa de inmigrante. Estos constituyen la base del aumento de población español. Precisamente, desde hace una década se inició la entrada creciente de población inmigrante desde el exterior. SERRANO MARTÍNEZ, J.M^º: «España: ¿Hacia un cambio de sentido de los movimientos migratorios?. Análisis particular de la inmigración magrebí (1975-94)». *Awraq*. Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe. Vol. XVI, Madrid, 1995, pp. 185-216. SERRANO MARTÍNEZ, J.M^º: «Precisiones geodemográficas y tensiones territoriales en el Mediterráneo Occidental». *Aportaciones geográficas en Homenaje al Profesor A. Higuera Arnal*. Zaragoza, Univ. de Zaragoza, Dpto. de Geografía, 2004, pp. 361-371.

- 2º) También dentro de los países del sur se registran disimilitudes (Lacoste, 2000). Hay que buscar en las políticas demográficas y de otra naturaleza complementaria, los motivos que propician esos comportamientos dispares, dentro de la citada tónica general apuntada.
- 3º) En todos los países del Magreb durante esos dos decenios y medio, la natalidad disminuye progresivamente; basta comparar las tasas de fecundidad existentes en 1980 con las del 2005. Pero eso se contrarresta en parte, por la disminución de la mortalidad y por la mayor proporción de población joven existente; todo lo cual explica el vigor final de su aumento demográfico, pero aporta unos resultados menos catastróficos de los que se barruntaban hace años³⁵.
- 4º) Durante esos veinticinco años, las economías de los países producen resultados dispares; así, aunque las tasas de crecimiento son netamente superiores en el sur (véanse los datos del cuadro 4), ello contribuye a que en realidad tal situación estructural representa una mayor distancia y empobrecimiento en referencia a sus vecinos del norte³⁶. De una parte, porque su base inicial era muy inferior; de otra, porque su notable incremento demográfico hubiese precisado tasas mayores de incremento de su riqueza, para acortar más distancia con los del norte, situación que no se produce.
- 5º) La explicación de esos dos modelos de crecimiento demográfico descansa, además, en otra serie plural de factores, que subyacen en cada uno de los Estados, y a los que no es posible, por razones de espacio, referirse aquí. Más adelante en otro epígrafe posterior, se aludirá a alguno de ellos.
- 6º) Por consiguiente, aunque el comportamiento de los registros demográficos confirma balances finales que cabe calificar de menos extremos, de los contabilizados hace unos años, permanece aún la vigencia de dos modelos de evolución demográfica que indican tendencias de evolución disímiles, bastante más vivas en los países del sur que en los del norte.

Cualquier prognosis siempre es arriesgada. En asuntos demográficos no constituye una excepción, es posible incurrir en ciertos errores e inexactitudes. Dada la cantidad de variables que intervienen, lo estimado puede no coincidir con lo que suceda de manera fehaciente. Así y todo, cabe, de acuerdo con los datos que muestran los comportamientos de las diferentes variables, atisbar ciertas tendencias. En tal sentido, y dando por sentado que no se produzcan modificaciones sustanciales de la realidad existente, se estima que en el transcurso de los próximos años, pensando en el horizonte 2025, se puede llegar al siguiente escenario:

35 Me refiero a la idea extendida de una explosión demográfica creciente en los países del Magreb. Si bien su ritmo de aumento es alto, dista de hacerlo en la proporción anunciada hace años

36 Los informes del Banco Mundial, son bien elocuentes al respecto. BANCO MUNDIAL: *Informe sobre el desarrollo mundial 2000/1. Lucha contra la pobreza*. Madrid, Mundi Prensa, 2000, 316 pp.

- i) La población residente en el conjunto de los Estados del Mediterráneo Occidental será del orden de 288,5 millones de personas; es decir una cifra estimada en unos 32,5 millones más de la registrada en el 2000. Lo cual representa una ligera disminución del ritmo de incremento demográfico mantenido durante los años previos, década de los noventa.
- ii) Continuará creciendo el peso de los residentes en el sur frente al del norte. Se estima que se llegará a un reparto en 2025 cercano al 63% en el norte frente al 37 %; en el sur (en contraposición a la proporción correspondiente a 2005 que era del 67,8 % y 32,12 % respectivamente). En valores absolutos, el horizonte de 2025 nos indica 181,5 millones de personas en el norte y 107 en el sur. Tales magnitudes son algo más contrastadas de las correspondientes a 2005.
- iii) Eso significaría que en el transcurso de todo el tiempo abarcado 1950-2005 la proporción de la población residente en los países septentrionales ha aumentado un 37,8 %, frente a un 359,3% en los del sur. Proporciones igualmente destacadas se obtienen cuando nos fijamos en las variaciones experimentadas por las densidades de población, con los matices aludidos con anterioridad.
- iv) Si nos fijamos en los comportamiento de algunos países, resaltan los tremendos cambios experimentados por Libia y Argelia, quienes acumulan los mayores ascensos porcentuales (si bien los dos restantes también logran ascensos muy destacados), así, Marruecos, donde su base 100 de 1950 se convierte en 337,6 y Túnez, en que idéntica proporción se eleva a 315, %). Frente a ello, Italia y Portugal, los más débiles en sus aumentos durante el transcurso de esos 55 años; a partir de idéntica base 100 inicial, esta se incrementa sólo hasta el 130,1 % y 123,3 % respectivamente. Descendiendo a la comparación concreta de algunos Estados, se comprueba que se espera alcanzar en 2025 casi una paridad demográfica (caso de Marruecos y Argelia, frente a España), cuando en 1950 se contabilizaban enormes diferencias entre ellos (una proporción cercana de uno a tres).

Tras la exposición escueta de tales datos y los breves comentarios realizados, se desprende una situación bien diferente: con el discurrir de la segunda mitad del siglo XX se ha modificado de forma palpable la realidad demográfica existente en la mitad de la centuria pasada en relación a la que vivimos en los inicios del siglo XXI³⁷. Al mismo tiempo, todo parece apuntar a que, al paso de los próximos lustros, tal tendencia seguirá

37 Basta pensar que en los inicios de los años cincuenta, cuando estos territorios del sur, estaban en vísperas de iniciar su camino hacia la independencia, entre las diferentes cuestiones que se manejaban no eran de las principales las referidas a la demografía. Su población débil, crecía a un ritmo que no originaba preocupación acerca de su devenir inmediato. Incluso en años más cercanos, publicaciones de inicios de los setenta, cuando se barajan estadísticas de mediados los sesenta, estos asuntos se veían de otra forma. Tal es el caso de ISNARD, H.: *Géographie de la décolonisation*. París, P.U.F. 1971. Parecido tratamiento se daba al asunto en la conocida obra de REINHARD, M.; ARMENGAUD, A.: *Historia de la población mundial*. Barcelona, ed. esp. Ariel, 1966, 744 pp.

acrecentándose durante los años inmediatos por venir. Sin caer en ningún alarmismo, pues, se camina con rapidez hacia una situación demográfica de mayor equilibrio, entre los Estados situados al norte y al sur del Mediterráneo occidental³⁸. Esto, en sí mismo, no conlleva mayor significación. Sí la tiene cuando se analiza el comportamiento de otros valores demográficos, sociales o de naturaleza socio-económica.

Un último asunto, que interesa enfatizar, por cuanto representa de indicador de la realidad que se anuncia, se refiere a la dispar *estructura demográfica* existente entre ambas áreas, atendiendo a la edad. De ello se derivan no sólo potenciales de crecimiento demográficos dispares, también necesidades y comportamientos de diferente naturaleza, muy distintos. Basta tomar como referencia más emblemática la disímil proporción de jóvenes existentes en esos Estados. Los datos detallados en el cuadro 3 son harto elocuentes. Frente a porcentajes inferiores o cercanos al 15 % existentes en los cuatro países del norte, en los del sur rozan el 30 %, o superan generosamente esa proporción. La diferencia, pues, es muy marcada. Con rotundidad muestra una auténtica brecha, consecuencia directa de la pervivencia durante lustros de dos modelos de evolución demográfica. De ahí se desprende, cara a los próximos años, problemas y horizontes que poco tienen que ver entre sí. Algo similar, si bien en sentido contrario, resalta al detenerse en las proporciones de ancianos residentes en una y otra parte. Aunque estas cohortes de edad, por su menor horizonte de futuro, y por el disímil tratamiento que reciben de naturaleza social y sociológica, representan menor interés para nuestra disciplina³⁹.

Como se ha apuntado, la probable tensión geodemográfica futura no radica tanto en los contrastes poblacionales, sino en la combinación de estos con otros aspectos de naturaleza social y económica⁴⁰. Lo grave reside, pues, en que ese dispar camino en la evolución de los Estados septentrionales y meridionales, al paso de los años, no hacen más que agrandar el abismo existente entre ellos. La situación general de bienestar se incrementa en el norte, a la vez que se resiente en el sur. Preocupa que, separados sólo por unos kilómetros coexistan dos mundos tan alejados y diferentes. La brecha abierta entre ambos se agranda al paso de los años. Si a todo ello se unen otros considerandos de importancia creciente, relacionados con aquellos aspectos genéricos que configuran las civilizaciones, produce una situación inestable. A menudo parece que muchos ni siquiera quieren verla. Acaso no resulta cómodo hablar de ello. Pero, así no se soluciona nada. Sólo conociendo

38 A primera vista puede pensarse que una situación de cierto equilibrio demográfico ente las tierras del sur y el norte del Mediterráneo puede ser algo positivo. Pero tras esas frías cifras, se esconde, como se trata de analizar una realidad estructural de la población y de otras cuestiones socio-económicas de gran complejidad que anuncian un horizonte inquietante.

39 Me refiero a que las cargas económicas de la vigencia de estados de naturaleza social, de manera general, significan un elevado coste económico para las economías del norte, en tanto que en el sur, además de su menor proporción, se carece de esas coberturas sociales, siendo las propias familias las que asumen la mayor proporción de tales gastos.

40 Una exposición ajustada de esto lo desarrolla R. SANDELL en: «Demografía en el siglo XXI: implicaciones geoestratégicas». *Política Exterior*, nº 98, 2004, pp. 99-113.

la dimensión de un problema, tal vez es posible encararlo mejor. Al efecto, y a modo de síntesis, para complementar la anterior visión de las circunstancias demográficas, se ha elaborado el cuadro 5, en el que se recogen diferentes aspectos socioeconómicos que resumen los contrastes de una y otra parte.

CUADRO 5
ALGUNOS INDICADORES SOCIO-ECONÓMICOS

	% Anal- fabetos+ 15 años.	Cons. energía p.c. kg	Nº ordena dores/ 1000 h.	Población activa, sectores económicos.			Pob. act. Femenina sobre total activos	PNB total, 2000 Millones Euros	PNB/per cápita, 2000	PIB, crecimiento medio	
										80/90	91/00
Portugal	8	2.192	93,0	4	27	69	44	103.871	11.060	3,1	2,5
España	2	2.865	119,4	3	28	69	37	555.004	14.960	3,0	2,2
Francia	0	4.378	221,8	3	23	74	45	1.424.400	23.670	2,3	1,7
Italia	2	2.916	191,8	3	26	71	38	1.154.300	20.010	2,4	1,2
Suma								4.511.264			
Marruecos	51	336	10,8	13	33	54	35	33.364	1.180	4,2	2,3
Argelia	33	898	5,8	10	69	21	27	53.817	1.590	2,7	1,6
Tunez	30	812	15,3	12	28	59	31	19.462	2.090	3,3	4,6
Libia	39	2.343	2,6	3	75	22	23	33.790	6.240	4,1	2,8
Suma								484.910			
Total								4.996.174			

Fuente. Elaboración propia sobre datos de la O:UN, Calendario Atlante de Agostini. Banco Mundial.

La *población urbana* considero que también representa un indicador muy importante, por lo que representa en sí misma y por otras consecuencias derivadas de la propia naturaleza de su organización. De los últimos datos (2005, cuadro 4), es destacable que existen pocas diferencias entre los Estados de una y otra parte del Mediterráneo. Aquí no se advierte una fractura tan significativa, como ocurre con todos los demás indicadores de referencia empleados. Interesa enfatizar que en los últimos veinticinco años el aumento urbanizador en los países del sur ha sido bastante intenso, superior al del norte. La diferencia radica en que en pocos años se ha recorrido el mismo camino que los otros tardaron un siglo. Tras ello se combinan numerosas causas de dispar naturaleza⁴¹. Hace ya varios lustros,

41 La bibliografía al respecto es muy copiosa, sólo a título de ejemplo señalo los siguientes: COTE, M.: *L'Algerie. Espace et société*. París, Masson-Armand Colin, 1996, 243 pp. EL ABDELLAOUI, M. et al. (Coord): *Urbanisation et urbanisme dans les Montagnes Rifaine (Maroc)*. Tetuan, Groupe de Recherches Géographiques sur le Rif, 2002, 434 pp. ESCALLIER, R.: *Citadins et espace urbain au Maroc*. Tours, URBAMA, 2 vols. 1984, 407 pp. SIGNOLES, P.: *L'Espace Tunisien: Capitale et État-Region*. Tours, URBAMA, 1985, tome I, y II, 1.041 pp. TROIN, J.F. (dir.): *Le Maghreb, hommes et espaces*. París, Armand Collin, 1985, 360 pp.

viendo el intenso ritmo que registraba el incremento urbano, hubo autores que con visión certera señalaron lo que sucedería y las consecuencias implícitas en ello⁴².

En lo que aquí interesa, cara al objetivo central del artículo, además de lo que el fenómeno urbano conlleva y representa de modernización o en referencia a otros apartados socioeconómicos y sociológicos, se refiere a los siguientes aspectos más sobresalientes:

- a) El aumento de población en las ciudades no va acompañado de la creación de puestos de trabajo en la misma proporción. Tampoco de la correspondiente dotación de viviendas ni de otros servicios mínimos sociales y urbanos. A menudo, la forma de vida que encuentran estos nuevos ciudadanos es peor a la que soportaban en sus antiguos predios rurales. La frustración y la desesperanza aparece y crea un horizonte sin salida real.
- b) La urbanización intensa constituye, así, un cambio y una ruptura que transforma las sociedades tradicionales, y sirven de descomposición del equilibrio familiar tradicional, mantenido en el medio rural, o sólo modificado de forma muy lenta al paso de los años. Los caminos nuevos abiertos por esta precipitada y nueva realidad urbana pueden ser varios; pero todos poco convenientes a corto y medio plazo.
- c) Para bastantes, las ciudades se configuran como puertas más abiertas desde donde emprender la emigración hacia el exterior, en busca de otras formas de vida, que se les ofrece, con mayor facilidad. Dado que la ciudad no aporta ni puestos de trabajo, ni satisfacción en los proyectos de vida para muchos nuevos ciudadanos, sólo la emigración hacia el exterior se presenta como una futura esperanza.
- d) Al mismo tiempo, y cara al porvenir, el rápido crecimiento urbano se configura como un marco social explosivo. Es cierto que una parte de su población joven, la más inquieta, con harta frecuencia pretende emigrar; pero la mayor proporción no lo hace porque no encuentran la manera legal; tampoco es fácil hallar otras alternativas para salir⁴³. Para todos aquellos que permanecen, y no les es posible integrarse de manera satisfactoria en la vida económica y social urbana, la frustración es una amenaza siempre presente. Las diferentes ofertas salvadoras, dentro de las cuales cabe situar las respuestas islamistas, cautivan a muchos. Cientos de miles de personas, entre los que se cuentan una buena proporción de jóvenes, están a la espera de un futuro mejor que no llega. Un grave problema por resolver y que se agrava al paso de los años.

42 Me refiero, por ejemplo al excelente trabajo de J.F. TROIN, «Vers un Maghreb des villes en l'an 2000», París, *Maghreb-Machrek*. La Documentation Française, n° 96, 1982, pp. 5-18. En él se enmarca esta dinámica dentro de lo que habitualmente sucede en el conjunto de los países del Tercer Mundo en estos apartados urbanos. También, NOUSCHI, A.: «Reflexions sur l'évolution du maillage urbain au Maghreb (XIX et XXe siècles)». *Bulletin de la Société Languedocienne de Géographie*. Tome 20, 1986, fasc. 2-3, pp. 197-209.

43 Cfr. SOPEMI: *Trends in International Migration*. París, 1999, OCDE.

Si bien se utiliza de manera cotidiana, no por ello deja de tener importancia, me refiero al empleo del *PIB*, como indicador de la riqueza de un país. En este caso, tomando las cifras globales, referidas al conjunto de toda el área, se advierte que alcanza casi cinco billones de dólares Usa. Pues, bien, de ese montante, más del noventa por ciento (90,29% en concreto), corresponde a los cuatro Estados septentrionales, en tanto que sólo el 9,71 % lo proporcionan los cuatro restantes del sur (véase el mapa de la figura 2). Esto ya es de por sí llamativo para calibrar la tremenda disparidad existente⁴⁴. En la figura 2, donde se representa estos valores, se contempla el tremendo contraste que significan. Tal realidad queda de manifiesto con mayor rotundidad, al recordar el mejor equilibrio existente en su peso demográfico. Ello permite verter una afirmación rotunda: se trata de uno de los espacios más contrastados en todo el planeta en lo concerniente a las diferencias de riqueza⁴⁵.

Una visión más completa y con mayores matices proporciona el mismo cuadro anterior, (5), en la columna de datos donde especifica los *valores por persona*. Especifica que dentro de los países del norte, las diferencias también existen, (más de un treinta por ciento entre los mejores y peores resultados); pero, así y todo, siempre se parte de umbrales bastante satisfactorios. Algo similar ocurre entre los Estados meridionales, en cuanto a sus diferencias internas, todo ello dentro de una modestia generalizada de las cifras de conjunto. Entre las situaciones extremas se alcanza un arco tan amplio que ronda la proporción de uno a siete veces. Demasiado contraste para tratarse de espacios lindantes, vecinos.

Ahora bien, los datos anteriores, con ser destacados, se acompañan de otros que deben preocupar aún más, en especial, con la atención puesta en el horizonte de los próximos años. Me refiero a los *ritmos de evolución e incremento del PIB*. Los relativos a la década de los ochenta, dada su lejanía, interesan menos. La realidad más cercana, en gran medida, es consecuencia directa de esos comportamientos. Los valores que contabilizan los resultados de la economía en los años más recientes originan cierto pesar. Pues, de una parte, por lo común, se advierte un empeoramiento de las cifras en general. Pero, por otra, los montantes reducidos logrados por los Estados del sur, dada su significación real y su disparidad con el norte, no hacen más que confirmar el mantenimiento de la situación actual. Incluso, ello puede representar un nuevo retroceso, especialmente al combinar la debilidad de su incremento económico, con el aumento notable de su población. De no

44 Un excelente estudio, en el que se abarcan numerosos aspectos relacionados con la realidad económica, social y política, del conjunto africano se encuentra en el número monográfico del semanario *Jeune Afrique*, titulado: *L'état de l'Afrique, 2006, 53 pays à la loupe*, Paris, 2006, 258 pp. En él es de gran interés cada uno de los apartados referidos a los correspondientes países del Magreb, pp. 163 y ss. También se incluyen aquellos otros apartados sectoriales que se ocupan de la evolución política, sociedad, economía y migraciones.

45 Las explicaciones que se hacen a menudo sobre esa disparidad en los niveles de riqueza suelen adolecer de un cierto simplismo, cfr. la obra de GESUALDI, F.: *Norte/Sur. La fábrica de la pobreza. Un nuevo modelo de desarrollo*. Madrid, D. Popular, ed. esp., 3ª, 1997, 253 pp. Un marxismo ramplón y falso se esconde en muchos de ellos. Creo que la realidad es mucho más compleja. Así lo indica, desde una visión actual: KRUGMAN, P.; VENABLES, A.: «Globalization and the Inequality of Nations». *Quarterly Journal of Economics*, 110, 1995, pp. 857-880.

PRODUCTO INTERIOR BRUTO (mill. de \$ Usa)

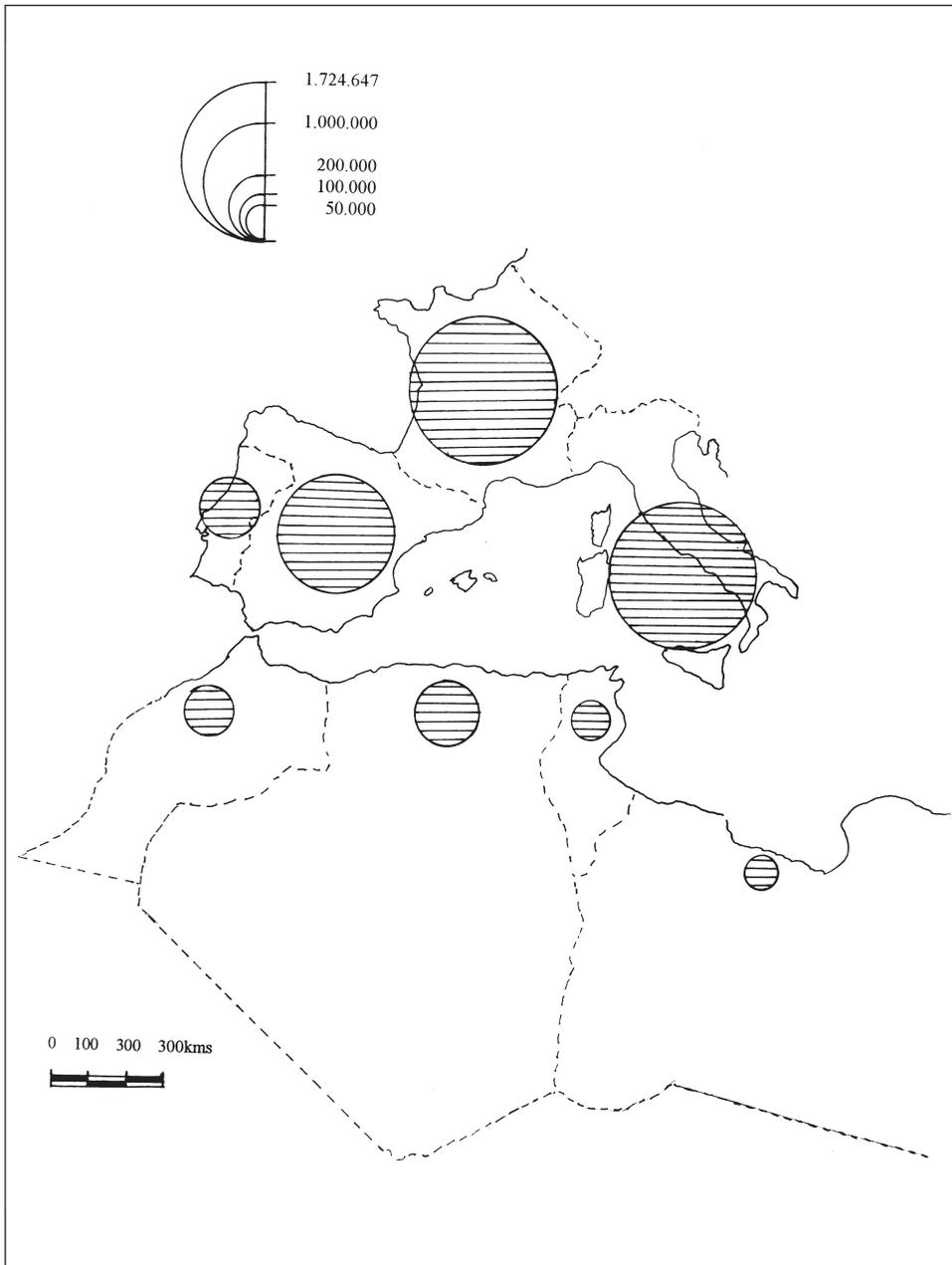


FIGURA 2.

cambiar las cosas, con rapidez e intensidad durante los próximos años, los Estados del sur soportarán cada vez un mayor diferencial de riqueza con los del norte⁴⁶. No se camina hacia una homogeneidad sino hacia una creciente disparidad.

Otros indicadores complementarios de *naturaleza social* sirven para recalcar lo acabado de afirmar: la existencia de dos mundos claramente contrastados en niveles de vida e intensidades de consumo. Tal sucede, por ejemplo, con los que expresan los *valores energéticos o la disponibilidad de ordenadores*.

Así mismo, los porcentajes que miden la población activa, de acuerdo con su clásica *distribución sectorial*, igualmente confirma la existencia de dos modelos, claros y diferenciados. Sólo algunos matices pueden añadirse al respecto que introducen ciertas acotaciones particulares. En general, se observa que en los Estados del sur, el sector primario no es demasiado abultado, para lo que podría esperarse, dadas las cifras comunes a países con ese nivel de desarrollo. Esto cabe atribuirlo a que las condiciones del suelo no permiten tareas más abundantes de índole agropecuaria. También el excesivo protagonismo de la población industrial en Argelia y Libia, se debe más a lo que ha sido la forma estructural de conducirse este sector en ambas, que a su auténtica significación en sí⁴⁷.

Junto a las enormes tasas de paro registradas, que con frecuencia alcanzan valores bastante elevados⁴⁸, existe otra circunstancia añadida de naturaleza claramente diferenciadora entre ambos grupos de países de uno y otro lado del estrecho, *la dispar incorporación de la mujer al trabajo*. Aunque puede haber alguna excepción, se comprueba que las diferencias sobrepasan, a menudo, los diez puntos. Ello constituye todo un símbolo de lo que ofrecen y lo derivado de dos modelos de civilización contrapuestos.

Otro elemento de análisis incluido en el cuadro de datos 5 es el porcentaje de *analfabetos*. Este indicador encierra una enorme significación. De una parte, sirve para calibrar cuáles han sido las políticas seguidas en el apartado educativo en los diferentes Estados a lo largo de los últimos cincuenta años, casi desde el propio acceso de los países meridionales a su independencia, y por tanto, sobre los que no cabe eludir responsabilidades, como se

46 Cfr. BETHÉMONT, J.: «La Méditerranée, espace, enjeu et conflicts». *L'Information Géographique*, nº 1, 2002, pp. 18-33.

47 El peso de los hidrocarburos, extracción y refinado, junto a un modelo económico claramente centralizado y dirigido de toda la actividad económica, tiene mucho que ver con esos porcentajes finales. Cfr. BOUDEJENAH, Y.: *Algérie. Décomposition d'une industrie. La restructuration des entreprises publiques (1980-2000): L'Etat en question*. París, L' Harmattan, 2003; en esta se hace referencia a la tremenda crisis que vive este sector y la dificultad para encauzarla de manera adecuada. Pero, de igual manera, en la obra que sigue: HIRECHE, A.: *Algérie, l'après le pétrole. Quelle stratégie pour 1995-2010*. París, L' Harmattan, 1994, se vislumbran difíciles soluciones para reconvertir la estructura industrial existente y poder dar paso a nuevas formas económicas viables.

48 En los países del norte dichas tasas, como mucho, se elevan al 10 %. Por el contrario, en los Estados del sur, tales cifras se acercan y sobrepasan incluso el 25 %. Lo que ocurre a menudo es que en estos países se viven situaciones muy generalizadas de paro encubierto, en apariencia, amortiguan y camuflan esa realidad. Entre la población juvenil esas tasas se acercan peligrosamente a la mitad, el 50 %. Todo lo cual convierte semejantes situaciones en algo insostenible.

suele hacer. En ese tiempo, en los del norte se han sucedido situaciones de gobierno muy dispares, con resultados bien diferentes. De otra parte, este tema también encierra una destacada significación en la medida en que ello puede orientarnos acerca de las dispares capacidades de sus respectivas poblaciones para emprender diferentes caminos hacia el progreso, el crecimiento y, en definitiva, el desarrollo. No hay que dejar de lado que en el presente se considera que la población constituye el principal recurso con que cuenta todo país, por encima de otros activos materiales. Una población bien preparada, debidamente instruida y dispuesta constituye un activo de valor incalculable, y viceversa⁴⁹. El propio funcionamiento de las instituciones públicas, la participación ciudadana, su labor constructiva, crítica, sus exigencias frente a los respectivos gobiernos, serán de una u otra naturaleza, en consonancia con su grado de preparación, dentro del cual, la alfabetización constituye un cimiento básico. También puede suceder lo contrario, en la medida en que la proporción de analfabetos sea mayor, la demagogia, la tiranía, el despotismo y la alienación, en sus plurales y diferentes formas de ejercicio, podrá ser más fácilmente ejercida por las elites dominantes⁵⁰.

Flujos migratorios. Una cuestión de gran interés en las relaciones entre los Estados del norte y el sur lo constituyen los flujos migratorios. A lo largo de la historia los flujos de población entre ambas orillas del Mediterráneo han sido frecuentes. No debe olvidarse el papel central de esta región. Las palabras de P. Deffontaines son elocuentes al respecto: «múltiples y variados grupos humanos se reunieron entonces en ellas (las tierras mediterráneas) y aportaron las plantas cultivadas, los animales domésticos y diversas técnicas: alfarería, metales... y una humanidad casi echada al mar se apiñó en las orillas. Entonces se organiza alrededor de este mar una vida de intercambio, una civilización común que realiza enormes progresos, y nació esa diferenciación, durante tanto tiempo, entre los hombres del Mediterráneo y los bárbaros»⁵¹. Otros estudiosos del tema, F. Braudel y Aymard, también argumentan al respecto, de manera similar, reforzando la misma idea: «desde hace por lo menos cuatro mil años –y quizá el doble– el Mediterráneo no ha dejado, hasta fecha bien reciente, de llamar hacia sí a los hombres, de fijarlos en sus orillas y de civilizarlos. Así se ha visto revivificada por este aflujo continuo de sangre nueva. Lo ha pagado con una historia brutal, subrayada por destrucciones y pillajes, matanzas y exilios, y enfrentamientos sangrientos entre comunidades. Pero los recién llegados pronto adoptaron y propagaron sus técnicas, sus géneros de vida, sus cultos, y jugaron, a su vez todas las posibilidades ofrecidas por el equilibrio tradicional, aunque frágil e inestable, entre agricultura sedentaria y vida errante, entre cultivo de secano y domesticación sabia

49 Cfr. CLAVAL, P.: *Espace et pouvoir*, París, P.U.F., 1978.

50 Unas reflexiones de gran significación acerca de la complejidad que hoy encierra, dentro de nuestro mundo globalizado, la formación y el nivel de cultura de las sociedades, se encuentra en el trabajo de GIDDENS, A.: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, ed. esp., Taurus, 2003, 120 pp.

51 Op. cit. de P. DEFFONTAINES, (1972), p. 209.

del agua, entre ciudades y campiñas, entre los recursos siempre demasiado escasos de una tierra engañosa y los más prometedores del mar»⁵².

En siglos cercanos han sido frecuentes los episodios bélicos y conflictivos mantenidos, causas propiciatorias de copiosos e intensos flujos migratorios en su doble dirección⁵³. Dado el planteamiento geopolítico de su presente, no procede aquí dedicar a ello más atención, sólo cabe referirlo de pasada, como antecedentes. Ahora bien, durante el último medio siglo, a consecuencia de los procesos de descolonización, desde mediados los cincuenta y hasta los setenta, tiene lugar, lo que se podría llamar la primera fase de estos flujos actuales. Tales accesos a la independencia, en unos casos algo traumáticos y, en otros, acompañados de una auténtica guerra civil⁵⁴, originó apreciables desplazamientos de población. De una parte muchos colonos europeos, o sus descendientes, fueron expulsados o se vieron impelidos a regresar a sus países de origen u a otras partes de Europa⁵⁵. De otra, numerosos magrebíes, más o menos vinculados a la estructura social colonizadora, o motivados por otras causas de origen plural, también se dirigieron hacia sus antiguas metrópolis. Estos últimos significaron varios cientos de miles, destacando el caso de los argelinos hacia Francia⁵⁶.

Los primeros años de vida independiente en los estados del Sur fueron de grandes esperanzas. Parecía que desaparecido el control colonial, para muchos el causante de todos los males, todo sería una arcadia feliz. Pronto se comenzó a vivir la cruda realidad. Los años pasaban y estos nuevos Estados no eran capaces de crear las estructuras adecuadas que permitiesen elevar el nivel de vida de sus habitantes. Con rapidez pudo comprobarse como se instauraban formas de poder, en apariencia diferentes, pero donde siempre la corrupción ejercida en nombre de elites tradicionales (Marruecos y Túnez), o en otros casos en el nombre de revoluciones que no conducían a nada (Argelia y Libia), terminaban con una absoluta ineficacia de las acciones de gobierno y con la generación de una escasa

52 Op. cit. BRAUDEL, F.; DUBY, G. (dirs.), (1987), p. 257.

53 Si bien los modelos de organización colonial son dispares, en todos ellos tales fenómenos estuvieron acompañados de asentamientos de miles de personas al amparo del desarrollo de los citados procesos coloniales.

54 Sin duda, el caso argelino es el más destacado. Francia practicó casi desde sus inicios colonizadores en Argelia, a partir de 1830, de una política de asentamiento masivo de personas, haciendo de ese país una colonia de poblamiento. Eso propició después que el proceso de descolonización alcanzase episodios más graves y traumáticos, de sobra conocidos, y sobre los que existe una abundante bibliografía.

55 En tal sentido, también contribuyó la puesta en práctica por parte de los nuevos estados magrebíes independientes de políticas de marcado corte nacionalista, a la que no eran ajenas, ciertas prácticas xenófobas, por medio de las cuales se intentó hacer salir de sus territorios a empresas e individuos residentes en ellos, en las que trabajaban personas procedentes de las antiguos Estados coloniales, metrópolis respectivas. Así, muchos franceses, españoles e italianos se vieron impelidos a abandonar sus negocios y viviendas, en aras de los correspondientes procesos de marroquinización, argelinización etc.

56 Eso explica que todavía hoy la mayor parte de la población musulmana, incluso la nacionalizada ya francesa, y a pesar de los copiosos flujos inmigratorios procedentes de otros países del Magreb, sea de origen argelino en una proporción muy elevada.

riqueza para la inmensa mayoría de la población⁵⁷. Por el contrario, los países europeos desde los años sesenta conocen un impulso muy vivo de sus economías. En algunos (como Francia), su débil demografía esos años, precisa de mano de obra exterior, por lo cual se facilitó el camino progresivo de los flujos migratorios desde el sur al norte⁵⁸.

Con diferentes ritmos e intensidades al paso de poco tiempo la presencia de población de origen magrebí residente en los Estados de Europa Occidental no ha hecho más que crecer. En cada uno de los países de destino es posible señalar matices diferentes; lo mismo que no han sido iguales los comportamientos de los flujos de salida desde los países de origen. Es un tema de gran interés al que sólo es posible hacer referencia puntual⁵⁹.

CUADRO 6
EXTRANJEROS RESIDENTES EN ESOS PAÍSES DE LA UNIÓN EUROPEA
PROCEDENTES DEL NORTE DE ÁFRICA (MILLONES Y %)

	1950		1980		2000		2005 *	
	Total, millones	%/ de Magreb.	Total, millones	%/ de Magreb.	Total, millones	%/ de Magreb.	Total, millones	% Magreb.
Portugal	0,008	0,4	0,03	2,5	0,24	11,2	0,40	12,0
España	0,02	0,8	0,18	2,3	1,31	21,7	3,70	17,2
Francia	1,32	12,3	4,22	37,8	4,16	35,6	4,50	35,1
Italia	0,09	3,2	0,41	11,4	1,95	17,2	3,60	17,3
Alemania	0,87	1,4	4,62	2,3	8,22	9,7	8,50	9,8
Holanda	0,04	2,1	0,52	7,1	1,12	12,1	1,35	12,2
Gran Bretaña	1,17	0,9	2,13	1,3	2,17	3,5	2,80	3,4
Bélgica	0,07	2,3	0,87	11,8	1,15	16,4	1,38	16,6
Suecia	0,11	0,3	0,36	2,2	0,81	7,2	1,00	7,3
Suma global	3,70	5,16	13,34	14,45	21,11	16,01	27,23	16,20

Fuente: Elaboración propia sobre datos de la O.N.U.. Anuarios de Migraciones. Eurostat. Datos provisionales.

57 Una visión muy interesante de lo ocurrido en Argelia se encuentra la obra de: MAMAN, A.: *L'Algerie à l'épreuve. Économie politique des réformes, 1980-1997*. París, Histoires et Perspectives Méditerranéens, 2000.

58 La explicación marxista, o próxima a ella, de esa relación y dispar naturaleza estructural de las evoluciones económicas, de unos y otros países, hace especial hincapié en lo que denomina una situación neocolonial. Cuando ya ha transcurrido medio siglo desde la independencia parece ingenuo y sesgado seguir culpando a las antiguas metrópolis de todos los males de sus colonias. Más cuando se tiene plena constancia de las circunstancias que han rodeado el devenir de los gobiernos de estos países. Sus culpas son tantas y tan evidentes que sólo no las ve quien no desea hacerlo. Otra cosa bien diferente es que exista una cierta connivencia en determinados casos con complicidades inconfesables y graves.

59 Un trabajo de cierto interés, relativo a Francia, se debe a V. PÉREZ DÍAZ, B. ÁLVAREZ -MIRANDA y E. CHULIÁ: *La inmigración musulmana en Europa. Turcos en Alemania, argelinos en Francia y marroquíes en España*. Barcelona, Fundación La Caixa, 2004, 330 pp.

Ahora bien, sí importa especificar las cifras que evalúan la dimensión de esas corrientes migratorias. En el cuadro 6 se ofrece un resumen de ello, en cuatro momentos temporales y una ampliación de los destinos a otros Estados de Europa, aparte de los cuatro mediterráneos, objetivo central de nuestro análisis.

Las cifras absolutas de residentes extranjeros en 1950 en los países de Europa Occidental reseñados era bastante modesta; si bien ese continente acababa de salir de una dura prueba de reajuste interno, que afectó a varios millones de personas en sus nuevos lugares de residencia, ocurrido tras la Segunda Guerra Mundial. A su vez, dentro de esa menguada cifra, el porcentaje de personas procedentes del Magreb era modesto evaluado en un montante global de menos de doscientos mil personas originarios de esa región africana y repartidos en toda Europa. Sólo en Francia se contabilizan valores más destacados, que representan casi las tres cuartas partes del total. Cabe decir que aún no había comenzado con fuerza el despegue económico europeo que impulsará después la venida más copiosa de inmigrantes extranjeros⁶⁰.

Sin embargo, treinta años más tarde, en 1980, la realidad es otra muy diferente. Se cifra en más de 13,3 millones de personas las residentes en ese ámbito europeo. La cifra previa se ha multiplicado por cuatro. En esas tres décadas ha tenido lugar el gran tirón de crecimiento de la economía europea, a lo cual ayudó, como es de sobra sabido, el plan Marshall. A la vez, los ya citados procesos de descolonización impulsaron los referidos flujos migratorios. Por ello, dentro de esa notable cifra de extranjeros residentes en los países europeos, la proporción de magrebíes remonta a una considerable proporción del 14,45 %, lo cual, en datos concretos, nos sitúa en un horizonte cercano a los dos millones de personas. El mayor contingente, con diferencia sobre los demás, reside en Francia⁶¹. A ella corresponde, de nuevo, casi las tres cuartas partes de todos los procedentes del Magreb, una cantidad que supera el millón y medio de personas. Italia y Bélgica, países de acogida de magrebíes que siguen en importancia, representan sólo cifras muy modestas, en comparación a la anterior (en torno a cien mil y cincuenta mil personas, respectivamente). La coincidencia de varias causas propicia la citada concentración francesa⁶². Su rápido y destacado crecimiento económico, debilidad demográfica interna y tradición de política inmigratoria abierta, junto a sus intensas relaciones con los países del Magreb, son algunas de ellas⁶³. Por todo lo cual se afirma como su destino prioritario⁶⁴. De forma

60 Véase el apartado correspondiente donde analizan estas cuestiones en la obra coordinada por F. LÓPEZ PALOMEQUE: *Geografía de Europa*, (2000), Barcelona, Ed. Ariel, 619 pp.

61 Institut National de la Statistique et des Études Économiques (INSEE): *Les étrangers en France, contours et caractères*, París, 1994.

62 Puede consultarse: LEBÓN, A.: *Inmigración et présence étrangère en France en 1999. Premiers enseignements du recensement*. París, La Documentation Française, 2001.

63 NOIRIEL, G.: *Le creusset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècle*. París, Ed. su Seuil, 1998.

64 Cfr. los aspectos generales que indica DOLLOT, L.: *La emigración humana*. (1971), Madrid, Oikos-Tau.

casi generalizada en todas las regiones y ciudades francesas de cierta importancia se configuran pequeñas «colonias» de gentes originarias del Magreb que, en el futuro, facilitarán la llegada de nuevos inmigrantes⁶⁵.

A pesar de los años de crisis económica de fines de los setenta y primeros ochenta, con los importantes reacomodos que todo ello trajo consigo⁶⁶, los datos de 2000 confirman el nuevo ascenso de inmigrantes en Europa Occidental. La cifra sobrepasa ampliamente los 21 millones de personas. La novedad es que junto al tradicional peso inmigratorio de ciertos países, como Francia, ya referido, se incorporan otros mediterráneos como lugares de acogida inmigratoria destacados; tal ocurre con España (pasa de 0,18 a 1,31 millones, Italia de 0,41 a 1,95 e incluso Portugal de 0,03 a 0,24. Todos multiplican sus efectivos por varias veces en esas décadas)⁶⁷.

En esa nueva realidad la presencia de magrebíes se ha reforzado. Ascende hasta un 16,10 %, lo cual cifra su totalidad en un valor absoluto en 3,37 millones. Su número y proporción es considerable en los cuatro países europeos mediterráneos latinos, a saber: Francia 35,6 %, del total de residentes extranjeros; España 21,7%; Italia 17,2 % y Portugal 11,2 %. Todo ello, unido a las elevadas cifras absolutas existentes, confirman la presencia de colonias considerable de magrebíes en tales Estados. Así: Francia 1,48 millones; Italia, 0,33; España 0,28 y Portugal 0,026 millones. Por consiguiente, lo más novedoso de lo sucedido durante los últimos años no se refiere sólo a su incremento en valores absolutos sino a que se amplía a otros países, hasta entonces destinos de inmigrantes poco significativos.

Quizás, lo significativo es que la realidad presente muestra unos valores aún más crecidos. Las estimaciones recientes indican que, a fines de 2005, el total de residentes extranjeros en los países seleccionados en el cuadro 6 suman 27,2 millones de personas. Se trata, pues, de un aumento de 6,12 millones en el último lustro. Nunca antes se había dado un incremento tan vivo. No cabe duda que se han acentuado las causas estructurales que han propiciado esos flujos migratorios⁶⁸. La combinación de motivaciones demográficas,

65 No hay que olvidar que al tratarse de un modelo inmigratorio no asistido, las relaciones familiares y personales desempeñan un papel destacado en estos flujos migratorios. Así nos lo recuerda GOZÁLVEZ PÉREZ, V.: «La migración magrebí en Europa. El caso de España». *Polígonos*, nº 3, 1993, pp. 59-87, en el caso de España.

66 Un caso significativo es el de los españoles. Tras importantes corrientes emigratorias hacia diferentes países europeos entre 1960 y 1975, a partir de ese año se inicia un retorno significativo. Puede consultarse sobre ello: SERRANO MARTÍNEZ, J.M^a.: «España: ¿Hacia un cambio de sentido de los movimientos migratorios?. Análisis particular de la inmigración magrebí (1975-94)». *Awraq*. Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe. Vol. XVI, 1995, Madrid, pp. 185-216. VILAR, J.B.; VILAR, M^a. J.: *La emigración española a Europa en el siglo XX*. Arco Libros, Madrid, 1999, 93 pp.

67 Estos nuevos destinos, registrados con dinamismo ahora, son los que en los próximos años alcanzan mayor intensidad, cfr.: KING, R.; PROUDFOOT, L.; SMITH, B.: «Migration and development in the Mediterranean region». *Geography*, nº 81, 1996, pp. 3-14.

68 COURBAGE, Y.: *Nouveaux horizons démographiques en Méditerranées*. Travaux et Documents de l'INED, París, 1999, 348 pp.

junto a otras de naturaleza económica y las de índole política, en auge, favorecen esos resultados finales. Es evidente que la preocupación de los gobiernos europeos ante ese devenir es creciente⁶⁹. De diferente manera intentan reconducir esos desplazamientos⁷⁰. Pero la realidad es que en el momento presente (2007), dista de existir una política migratoria común en la Unión Europea⁷¹. Como en otros muchos asuntos, los intereses particulares y los egoísmos estatales impiden acciones comunes dentro de la Unión Europea⁷².

Centrándonos en nuestro asunto clave, la significación de los inmigrantes magrebíes no cesa de aumentar; porcentualmente ascienden hasta representar el 16,20 % del conjunto, es decir una cifra total de 4,41 millones de personas. En los cuatro países latinos, del norte, sus proporciones, sobre el conjunto de los residentes extranjeros, se sitúan entre el 35,1 % de Francia, seguido del 17,3 % de Italia, 17,2 % de España y el 12 % de Portugal. En valores absolutos ello representa, respectivamente, las siguientes cantidades: 1,57 millones, 0,62, 0,63 millones y 48.000. La suma conjunta asciende a 2,88 millones. Es decir, en esos cuatro Estados vive el 65,44 % de todos los magrebíes contabilizados como residentes en estos países europeos. Dada la magnitud de la cantidad no parece oportuno seguir insistiendo en la importancia que representa. Sólo cabe añadir algunas matizaciones.

- i) Esa cifra hace referencia sólo a los inmigrantes controlados y legales. Es decir quedan fuera todos aquellos otros que, por diferentes caminos y procedimientos hayan conseguido alcanzar cualquiera de estos estados europeos. Dada la proximidad espacial existente, lo copioso de las colonias de magrebíes y los fuertes lazos que mantienen con sus puntos de origen, todo hace pensar que la cifra real de residentes magrebíes en los cuatro países europeos señalados es, con bastante probabilidad, más numerosa.
- ii) Además, otra circunstancia que interesa tener presente se centra en el número real de personas de ese origen, a los cuales podríamos denominar «asimilados». Son de gran interés en el objetivo central de este artículo, los aspectos geopolíticos. A consecuencia de la ya larga trayectoria de estos flujos migratorios, en algunos países, en especial Francia, a causa de su política de nacionalización (predominio del ‘ius soli’) una apreciable proporción de población nacionalizada francesa, (legalmente

69 Cfr. BAROU, J.: *Europe terre d'immigration. Flux migratoires et intégration*. Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 2001.

70 Algunos autores hablan de la batalla de la inmigración. OJEDA, J.: «La batalla de la inmigración». *Política Exterior*, nº 112, 2006, pp. 7-11. Otros hacen referencia al tema de manera más rotunda: la Unión Europea cierra sus puertas: AYALA, J.E.: «La Unión cierra sus puertas». *Política Exterior*, nº 112, 2006, pp. 13-20.

71 Una muestra de ello lo encontramos en la obra de GUIRAUDON, V.: *Les politiques d'immigration en Europe. Allemagne, France, Pays-Bas*. París, L'Harmattan, 2000.

72 Cfr. GAUTHIER, A.: *La CEE, de Rome à Maastricht*. París, Bréal, 1993, 352 pp.

a todos los efectos) y no contabilizada como extranjera, es de origen magrebí⁷³. Se plantea la duda de hasta qué punto su grado de integración es tal que predomina su sentimiento de pertenencia a su nación de acogida o a la de origen⁷⁴. Con lo cual, si se considerara el total de estos descendientes y asimilados, el número global de personas a evaluar alcanza una cifra sustancialmente mayor.

En cuanto a su devenir futuro, con las debidas cautelas que ello representa, también es posible avanzar algunas consideraciones.

- 1^a) Como mayoritariamente se trata de una emigración de naturaleza económica llevada a cabo de forma particular, por cada individuo o unidad familiar, se desconoce si se tratará de una emigración definitiva o tendrá un carácter más temporal. Aunque no existe una política comunitaria conjunta por parte de la Unión Europea, ni parece sencillo que esto se modifique a corto plazo⁷⁵ todo parece indicar que su devenir inmediato estará fundamentalmente marcado por la evolución de las necesidades cotidianas y sus expectativas de vida futura. A no ser que mejoren sustancialmente las condiciones de los países del sur⁷⁶ o empeoren rotundamente en el norte, todo apunta a que irá evolucionando hacia una inmigración estable, cada vez más definitiva, para la mayoría de los ya residentes⁷⁷.
- 2^a) En cuanto al devenir futuro de los flujos, también, con las oportunas reservas que deben mantenerse acerca de ello, todo aconseja pensar que mientras permanezcan las mismas o similares circunstancias estructurales que han propiciado su aumento constante y su rápido ascenso reciente, es previsible siga manteniendo similar tendencia⁷⁸. Dada su naturaleza originaria y las condiciones generales que acompañan y favoreces estos flujos migratorios. La citada proximidad espacial y los fuertes lazos familiares y culturales que vinculan los espacios originarios con los de destino son circunstancias indiscutibles que juegan a favor de ello.

73 PATRICK, S.: «Nationalité et origine dans la statistique française: les catégories ambiguës». *Population*, nº 3, 1998, pp. 541-568.

74 TRIBALAT, M.: *De l'immigration à l'assimilation: enquête sur les populations d'origine étrangère en France*. París, La Découverte, 1995.

75 Cfr. SAHAGÚN, F.: *Europa ante el siglo XXI*, Granada, Universidad de Granada, 1992, 107 pp.

76 Los datos de los informes mundiales son bastante elocuentes al respecto BANCO MUNDIAL: *Informe sobre el desarrollo mundial 2004/5. Lucha contra la pobreza*. Madrid, Mundi Prensa, 2006, 316 pp. Todo parece señalar una situación estructural poco propicia para modificarse pronto. Puede ser de interés la lectura de las reflexiones que se aportan en el trabajo dirigido por J.L. REIFFERS: *La Méditerranée aux portes de l'an 2000*. París, Económica, 1997, 426 pp.

77 Como aspecto central cabe la pregunta de la necesidad y los beneficios que tiene Europa de contar con una inmigración masiva. Una opinión interesante se encuentra en BROWNE, A.: *Do we need Mass Immigration?*. Londres, Civitas for the Study of Civil Society, 2002.

78 CASTLES, S.; MILLER, M.: *The Age of Migration*. Londres, Macmillan Press, 1995.

3^a) Los Estados emisores de emigración no son homogéneos. Cada uno cuenta con circunstancias particulares que no coincide con las de los demás⁷⁹. Pero, a todos les une una serie de circunstancias generales que hacen que la salida de emigración aporte, a corto plazo, más ventajas que inconvenientes⁸⁰. Lo cual contribuye a entender su reticencia a aplicar con diligencia sugerencias de control, reducción o aminoración de los flujos emisores emigratorios que se llevan a cabo alrededor y al margen de los cauces legales⁸¹.

Por consiguiente, si el número de residentes extranjeros en los Estados septentrionales del Mediterráneo occidental procedentes del sur es abundante, de tendencia creciente y podrá aumentar cara al futuro, una cuestión central que se plantea tiene que ver con tres preguntas esenciales:

- a) ¿Hasta qué cantidades podrán seguir aumentando dichos colectivos, sin que ello de lugar a problemas de mayor significación?
- b) ¿Qué modelo de convivencia es el deseable?, ¿es posible y conveniente una integración, en qué circunstancias, o no lo es? Todo ello abre numerosos interrogantes, muy complejos, acerca de los cuales se intentan aportar algunas consideraciones a continuación.
- c) ¿Cómo influirá todo ello en las relaciones entre unos y otros Estados y en el planteamiento geopolítico global de la zona?

79 Tal ocurre con el caso de Libia (BEAUGÉ, G.; BURGAT, F.: «La question des migrations en Libye». *Maghreb-Machrek*. La Documentation Française, n° 112, 1986, París, pp. 56-65), frente a las de Argelia (que arrancan de lejos en sus problemas básicos): SCHNETZLER, J.: *Le développement algérien*. París, Masson, 1981, 240 pp. Tampoco con los propios de Marruecos: RACHIDI, M.: *Croissance démographique et développement économique au Maroc*. Rabat, Editions Mithaq-Almmaghrib, 1995. Si bien, existen unas similitudes de conjunto, ya aludidas, HERNANDO de LARRAMENDI, M.: «Los años noventa en el Magreb: Argelia, y Túnez». En B. López García y M. Berriane: *Atlas de la inmigración marroquí en España*. Madrid, Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos. Univ. Autónoma de Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2004.

80 Así, alivian el fuerte paro, mitigan ciertas tensiones sociales y ayudan a incrementar la llegada de futuras remesas de divisas, entre otros aspectos favorables, a corto plazo. Otro asunto bien diferente es que, a medio y largo plazo, ello significa una sangría humana de consecuencias graves y difíciles de evaluar.

81 Los ejemplos son palpables en el caso español, donde de todos es conocida la actuación de agrupaciones ilegales, que rozan comportamientos mafiosos y que hace de estos flujos humanos una parte más de sus turbios negocios. Con harta frecuencia los «media» se hacen eco de casos habituales, tanto que de oírlos con profusión, dejan de ser noticia. Ello no quiere decir que dadas las fuertes razones estructurales que subyacen sea un asunto fácil de controlar y encauzar. Tal afirmación sería ingenua. MONTINARI, A.; CORTESE, A.: «South to North migration in a Mediterranean perspective». En: King, R. (ed.): *Mass migration in Europe. The Legacy and the Future*. London, Belhaven Press, 1993, pp. 212-33.

3. Organización espacial y social, disimilitudes y contrastes

Hace unos años (1986) F. Aymar señalaba con cierta nostalgia y preocupación: «de un extremo a otro del Mediterráneo, nuestro siglo tiende así a deshacer, a separar, a congelar lo que la historia había unido, yuxtapuesto o mezclado íntimamente. Punto de llegada de una lenta acción sedentaria, en que cada pueblo se identifica con una nación, con un Estado, con un territorio limitado por fronteras. Todavía se trata de una ruptura fundamental: el fin de una movilidad esencial. Porque la mayoría de los pueblos que viven hoy en torno al Mediterráneo llegaron allí de fuera, en fecha lo bastante reciente para que, desde el segundo milenio antes de nuestra era hasta la Edad Media, se puede fechar su llegada con relativa precisión»⁸². Semejante realidad histórica, que muestra un origen común, en estos inicios del siglo XXI la realidad nos ofrece un panorama contrapuesto, complejo e incierto.

Los contrastes existentes en el Mediterráneo occidental entre los diferentes Estados hemos visto que son acusados en sus aspectos sociales y económicos, más que en los rasgos fisiográficos que la naturaleza ha dado y que, en buen grado, ofrece aspectos bastante comunes⁸³. Pero su plural devenir histórico ha propiciado y favorece una serie de disparidades de toda índole, donde los asuntos demográficos constituyen un apartado destacado, los cuales propician, desde hace años, abundantes flujos migratorios sur-norte⁸⁴. Las tensiones que se originan son significativas. Pero aún son más llamativas las disparidades advertidas cuando nos fijamos en sus modelos de organización espacial y las tendencias disímiles seguidas por los Estados de un lado y otro del Mediterráneo. Todo ello se ve agravado por dos modelos diferentes de organización política y social, con una serie de vinculaciones complejas unidas a concepciones enfrentadas en la forma de concebir la organización estatal, el papel que debe tener la religión en tales asuntos y la propia cultura, como identidad, bien entendida en sentido plural, o como algo excluyente. Como resultado final no resulta nada sencillo articular un marco de relaciones, intenso y fluido, entre dos territorios muy cercanos, cuando son tantos los puntos de desencuentro existentes. La tensión geopolítica que se está creando preocupa⁸⁵. El riesgo es que se acentúe en el futuro.

Organización espacial. En el transcurso de la última mitad del pasado milenio el devenir histórico ha sido muy contrastado en los Estados de ambos lados del Mediterráneo

82 M. AYMARD: «Migraciones», en BRAUDEL, F.; DUBY, G. (dirs.) (1987): *El Mediterráneo*. Madrid, ed. esp. Espasa-Calpe, 1987, 306 pp., cit. p. 250.

83 Para cotejar ciertos aspectos, relacionados con ello, puede verse la obra de editada por R. KING: *The Mediterranean. Environment and Society*. Londres, Ed. Arnold, 1995, 315 pp.

84 Cfr. JACKSON, W.A.D.; SAMUELS, M.D.: *Politics and geographic relationships*. Nueva Jersey, Prentice Hall, 1971.

85 B. KAYSER hace una afirmación rotunda: «En la segunda mitad del siglo XX el Mediterráneo ha sufrido la fractura más grave de su historia». «Geopolítica de la Méditerranée», *L'Information Géographique*, 2001, n° 4, pp. 289-303, cit. p. 302.

occidental. Durante varios siglos, desde el Renacimiento, los países europeos han ejercido un destacado protagonismo mundial. Su civilización se ha extendido por el planeta⁸⁶. La existencia de un número elevado de Estados en esa pequeña península del Continente Euroasiático ha sido fuente de continuas guerras y enfrentamientos internos, que, tal vez, como aspecto menos negativo sirvieron para impulsar su propia dinámica de avance y competitividad interior⁸⁷. Desde comienzos del siglo XX el declinar de Europa, dentro del conjunto mundial, es palpable, frente a varios Estados en auge en otros continentes⁸⁸. Hacia la mitad de la anterior centuria la debilidad europea aparece con más claridad. La mayoría de sus países salen exhaustos y arruinados de la última conflagración mundial. Todo ello hizo recapacitar a algunos políticos acerca de la conveniencia de emprender un nuevo camino de unidad interna y de coordinación frente al exterior. Sólo así Europa podría evitar nuevos desgarros interiores y mitigar su reducida significación en el mundo. Ese es el recorrido del proyecto de la ahora llamada Unión Europea. Francia e Italia fueron estados fundadores (Tratado de Roma), en tanto que España y Portugal se incorporan en la ampliación de enero de 1986. Tras medio siglo de andadura, desde sus inicios, el resultado es satisfactorio, aunque no del todo exitoso⁸⁹. La Unión camina a paso lento y con grandes dificultades en su proceso de construcción. La realidad actual está marcada por la difícil encrucijada que atraviesa la aprobación del Tratado por el que se establece una Constitución para Europa⁹⁰. No obstante ese proyecto Constitucional es claro y rotundo en sus objetivos especificados en el artículo 1º⁹¹.

Ahora bien, tras un texto largo y prolijo, la realidad es que en el funcionamiento cotidiano el peso y el protagonismo que, por el momento, ejercen los Estados miembros

86 Cfr. el trabajo de C.J.H. HAYES; M.W. BALDWIN y Ch. W. COLE: *History of the Western Civilization*. Toronto, The Macmillan Company, 1967, 940 pp.

87 Véase la interpretación que hace M. WEBER: *The Protestant Ethic and the Spirit of capitalism*. Nueva York, Scribner's Sons, 1958, 264 pp.

88 En ese sentido es de sumo interés la aportación de A. HERMAN: *The Idea of Decline in Western History*. Cambridge, Mas. The Free Press, Simon & Schuster, 1997, 527 pp.

89 Unas reflexiones profundas formula en tal sentido R. BASSOLS, desde una perspectiva española «Veinte años después, España en la Unión Europea». *Política Exterior*, nº 112, 2006, pp. 169-176.

90 En Diciembre de 2007 ha sido aprobada por varios Estados, rechazada por dos (Francia y Holanda) y pendiente de ratificar por otros más. El entusiasmo europeo parece caminar por horas bajas.

91 El 1.1.1.1. dice: «...»la Unión coordinará las políticas de los Estados miembros encaminados a lograr dichos objetivos y ejercerá, de modo comunitario, las competencias que éstos le atribuyan».

El 1.1.2 indica que «La Unión está abierta a todos los Estados europeos que respeten sus valores y se comprometan a promoverlos en común». Los citados valores esenciales de la Unión, están recogidos en el 1.2: «La Unión se fundamenta en los valores de respeto a la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, estado de Derecho y respeto a los derechos humanos, incluidos los derechos a las personas pertenecientes a las minorías. Estos valores son comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres». Igualmente, me parece conveniente resaltar el contenido del texto, en el apartado 1.3.2. «La Unión ofrecerá a sus ciudadanos un espacio de libertad, seguridad y justicia sin fronteras interiores y un mercado interior en el que la competencia sea libre y no esté falseada».

es notorio frente al funcionamiento común. En especial aquellos de mayor peso. Aunque, el egoísmo de todos, con independencia de su tamaño, supone un tremendo lastre para el avance hacia esa Unión. Por ello, en un planteamiento geopolítico, lo que afecte a los cuatro países de la Unión, aquí analizados, si bien es conveniente enmarcarlo dentro del conjunto comunitario, es, en primera instancia, a cada uno de ellos en particular a quien atañe más directamente. Los problemas que en tal sentido se les presenten, en relación con sus vecinos del sur, les tocará hacerles frente en primera instancia. A menudo, por desgracia, los hechos son tozudos y recurrentes. Un ejemplo palpable lo podemos ver con el tratamiento que está haciéndose frente al tema inmigratorio⁹². Bien es cierto, en otro orden de cosas, que en el orden defensivo, los cuatro países del norte, forman parte de la OTAN, con lo cual militarmente funcionan, en teoría, de una forma coordinada e integrada, frente a un sur que carece de una organización semejante, y se presenta, por consiguiente con mayor debilidad. Este aspecto estructural, de gran significación no debe olvidarse en asuntos finales de naturaleza geopolítica⁹³. Cara al futuro la Unión Europea deberá decidir que quiere ser. Así, simplificando en extremo, son posibles varios itinerarios: «¿una casa de acogida para Estados en apuros? ¿una zona de libre comercio? o ¿una Unión política?»⁹⁴. Parece llegada ya la hora de dejarse de dilaciones. Los europeos deben decidir de una vez si desean ser una agrupación de países independientes, aunque dentro de un Estado bastante integrado y renunciando a algunas parcelas de soberanía, o a convertirse en un ser nuevo, independiente y capaz de valerse por sí mismo, adquiriendo una auténtica identidad política y una soberanía común. Algunos pensadores son bastante pesimistas acerca del destino de Europa; una opinión de esa índole se debe a Octavio Paz, cuando escribe: «lo único que une a Europa es su pasividad ante el destino. Después de la Segunda Guerra Mundial las naciones del Viejo Mundo se replegaron en sí mismas y han consagrado sus inmensas energías en crear una prosperidad sin grandeza y a cultivar un hedonismo sin pasión y sin riesgos. De ahí la fascinación que ejerce sobre sus multitudes el pacifismo, no como una doctrina revolucionaria, sino como una ideología negativa»⁹⁵. El futuro es incierto; veremos que nos depara. La situación geopolítica que analizamos es el contexto donde tendrá que engarzarse todo ello.

Por su parte los cuatro países del sur son consecuencia de un camino muy diferente. «Desde el siglo XVIII son víctimas de las disparidades que engendra el capitalismo en

92 Cuando desde hace años ya se había tejido todo un organigrama de protocolos y unos acuerdos que parecían avanzados (Schengen), en los tres años últimos, desde 2004, cada Estado, de los aquí analizados, sigue su propio camino, sin coordinación alguna e incluso con reproches de unos a otros. Los intereses de Estado o incluso de partido, prevalecen sobre el acuerdo Comunitario. VV.AA.: *Tratado por el que establece una Constitución para Europa*. Madrid, Ministerio de la Presidencia, 2004, 174 pp.

93 Y. LACOSTE, op. cit. (2001) hace ciertas reflexiones de lo que significa la OTAN y la Unión Europea como elementos clave para entender la geopolítica actual del Mediterráneo Occidental. Cfr. así mismo la obra; *The Cambridge Atlas of the Middle East & North Africa*, Cambridge, 124 pp., BLAKE, G.; DEWEY, J.; MITCHELL, J., Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

94 Cfr.: J.E. AYALA, 2006, op. cit. p.20.

95 O. PAZ: *Tiempo nublado*. Barcelona, Ed. esp. Seix Barral, 1988, cit. p. 45.

expansión... ellos pierden la iniciativa y terminan siendo periferias del mundo occidental»⁹⁶. Como consecuencia de esto, a lo largo del siglo XIX toda esa parte del norte de África termina siendo engullida y administrada como colonias, precisamente por los países europeos vecinos. Francia, el Estado de mayor peso de la zona, desempeña el papel preponderante. España, el más próximo, sólo consigue ejercer un rol marginal, si bien su participación es mayor como emisora de ciertos flujos migratorios en ese proceso colonizador⁹⁷. Dentro del mundial proceso de descolonización que sigue a la conferencia de Bandung, con itinerarios diferentes alcanzan su independencia esos cuatro Estados. Como es común en otros muchos casos del Planeta, el nacionalismo que impulsó ese recorrido, ha marcado con fuerza el inicio y el posterior devenir de todos ellos⁹⁸. En unos casos, alcanza cierta profundidad en el acervo colectivo, pero en otros simplemente constituye un reclamo que es utilizado por las elites gobernantes para justificar buen número de sus actuaciones. Resulta palpable comprobar que transcurrido medio siglo de aquellos eventos (el colonialismo pasado y su acceso a la independencia) sea invocado con harta frecuencia para justificar sus males, que a menudo responden más a la incompetencia y al mal gobierno de sus gestores, que a otras causas⁹⁹. A su vez, las relaciones internas entre estos cuatro estados son complejas y han atravesado situaciones muy diferentes¹⁰⁰. No han faltado los teóricos (intelectuales y políticos)¹⁰¹ que desde inicios del siglo XX, proclaman la unidad del Magreb. Los intentos de configurar una unidad magrebí han sido varios. Incluso partieron desde iniciativas dispares. Las referencias al «Magreb unido»

96 Cfr. H. ISNARD, 1973, op. cit. p. 232.

97 Véanse las aportaciones de: VILAR, J.B.: *Emigración española a Argelia (1830-1900)*. Madrid, C.S.I.C, 1975. VILAR, J.B.: *Los españoles en la Argelia Francesa (1830-1914)*. Madrid, Murcia, C.S.I.C., Univ. de Murcia, 1989. VILAR, J.B.; LOURIDO, R.: *Relaciones entre España y el Magreb, siglos XVII y XVIII*, Madrid, Mapfre, 1993.

98 Un caso emblemático lo constituye Argelia; cfr.: RUEDY, J.: *Modern Algeria. The Origins and Development of a Nation*. Bloomington, Indiana University Press, 1992.

99 Por citar sólo un ejemplo concreto de ese mal gobierno, cabe referir lo acaecido en Marruecos: Tras su independencia, el 40% de la población acaparaba el 60% de la renta nacional. En 1980, y tras 19 años de reinado de Hassan II, el 20% de la población acaparaba el 80% de la renta... hoy la situación no ha mejorado mucho». DEL PINO: «España-Marruecos: el necesario reencuentro». *Política Exterior*, nº 104, 2004, pp. 77-92, cit. p. 87.

100 A pesar de esto es muy común la coincidencia de estructuras de poder parecidas. Así, dice M.T. de BORBÓN PARMA: «el hecho de que sean dos fuerzas hegemónicas, el Ejército por una parte, el partido único por otra, las que hayan liderado el proceso de la independencia y hayan dominado la era post colonial en aras de la unicidad del poder al tiempo que ha permitido esos dos logros iniciales y absolutamente prioritarios... (el inicio de su experiencia de Estado y de su despegue económico) ha frustrado la cultura de la alternancia en el poder, supuesto indispensable a todo planteamiento democrático, lo mismo que ha malogrado la necesaria secularización o separación de lo religioso con lo político, al entender los nuevos Estados que debían integrar y mediatizar las instancias religiosas»: *Magreb: nuestro poniente próximo*. Madrid, Ediciones Libertarias, 1994, cit. pp. 257-8.

101 Entre ellos destaca el argelino MOUFDÍ ZAKARIA (1908-1977) que en el congreso de AEMA Tunes, 1934) proclama su célebre canto a la Unidad Magrebí. Cfr. TOUMI, M.: *Le Magreb*, París, P.U.F, 1982, y LAROUÏ, A. *Le Magreb Moderne*, París, Maspéro, 2000.

son continuas. Pero, hasta el momento presente, puede afirmarse con rotundidad que apenas han trascendido ni se han plasmado en nada operativo. Se tiene la sensación que los conflictos entre varios Estados y los intereses particulares entorpecen un camino de mayor cooperación, de andadura en común. Acaso la situación se modifique en el futuro y pueda dar paso a otro horizonte distinto.

Aspectos político-sociales, religiosos y culturales. Considero que A. Giddens tiene razón cuando afirma que «la democracia es, quizá, el principio activo más poderoso del siglo XX»¹⁰². Uno de los aspectos esenciales que se pueden encontrar en Europa es que ese horizonte de sistema político constituye una tarea perseguida y buscada continuamente. De sobra son conocidos los problemas y los reverses soportados por los diferentes Estados europeos para que la democracia termine estando presente en ellos. Los cuatro aquí analizados, por suerte, alcanzan desde hace años sistemas claramente democráticos. La propia Constitución Europea, antes aludida, hace de este sistema político, y lo que ello representa, la base de su organización vertebral. Ello no quiere decir que todos, algunos más que otros, han tenido que atravesar periodos temporales, más o menos prolongados, con ausencia de vida democrática, o en situaciones en que ésta ha padecido un precario discurrir. Pero, por suerte ha terminado asentándose. Se trata de una acción continuada en la que no se debe cejar. Así, el propio autor antes reseñado escribe: «la democracia parece florecer sólo sobre una tierra particularmente fértil, que ha sido cultivada a largo plazo. En sociedades o regiones con poco historial de gobiernos democráticos parece tener raíces débiles y derrumbarse con facilidad»¹⁰³. De ahí la necesidad de estar vigilante para que no sufra menoscabo, sobre todo en países como, es nuestro caso, en España, donde hace menos tiempo que emprendió su transición hacia ella y, felizmente, terminó fructificando.

Por desgracia no pueden hacerse afirmaciones similares en referencia a los Estados del sur. Sería faltar a la verdad señalar situaciones democráticas satisfactorias en alguno de esos cuatro. Ciertamente hay matices y disimilitudes, pero un rasgo común a todos es la ausencia de gobiernos democráticos legítimamente elegidos. Además, otro asunto clave es que en pocas décadas se ha pasado de una situación en que predominaba la naturaleza islámica tradicional de civilización, con su influencia correspondiente en las actitudes de gobierno, a diferentes formas e intensidades de ascenso del llamado islamismo, como manera de entender aquel¹⁰⁴.

En el fondo, un aspecto fundamental que se plantea es la posible convivencia entre Islam y democracia, y todo lo que ello lleva implícito. Así, en relación con lo anterior, y como punto de arranque «el informe de Desarrollo Humano Árabe, de 2004, era contundente en la denuncia del déficit democrático de estos países. Y, todo parece indicar, que

102 Cfr. op. cit. GIDDENS, 2003, p. 82.

103 Ibídem, p. 94.

104 Cfr. LEWIS, B.: *Que s'est-il passé? L'Islam, l'Occident et la modernité*. Paris, Gallimard, 2002.

la estabilidad social y política sólo se conseguirá con la introducción de la democracia¹⁰⁵. Una democracia no impuesta desde fuera, sino consolidada desde dentro. La dinámica interna puede originarse por la capacidad y voluntad de autorreforma de los gobiernos de las elites. Pero ¿por qué ceder poder? Estos gobiernos lo controlan todo: Estado, sector político y sistemas de represión, y no parece que estén dispuestos a ceder sin compensación. Ahora bien, ¿qué compensación tendrían si ya lo tienen todo?¹⁰⁶. Los autores, Jerch, Lorca y Escribano afirman al respecto: «desde su independencia las elites han dominado y sido incapaces de compartir el poder económico y el político. Pero la UE, en su tradición laica, aterrorizada por el temor religioso representado por el islamismo, siguió sin presionar los cambios por miedo a introducir inseguridad, pero tampoco hizo nada por conocer los movimientos islámicos, a sus dirigentes, ni su pensamiento. La verdad es que el discurso islamista con la retórica religiosa le impedía un diálogo continuado y tranquilo. Este discurso se rompió con el 22-S y el 11-M, por la sencilla razón de que el modelo de seguridad descrito hasta ahora no va a ofrecer a Occidente lo que este demanda, ni protege ya algunos de sus intereses: la seguridad. La aparición de un nuevo terrorismo, el yihadismo internacional, hace reflexionar a la UE, que se replantea el diálogo y empieza a cuestionarse con quien tiene que hablar en el sur y si no tendría que ampliar el abanico de interlocutores»¹⁰⁷. Aunque estas últimas afirmaciones hacen referencia a asuntos cercanos y puntuales, que acaso el transcurso del tiempo puede matizar en su valoración, resulta difícil cuestionarlas frontalmente. Queda por ver cuál es el camino donde desembocan los diferentes procesos de evolución política abiertos en cada uno de esos cuatro Estados¹⁰⁸. La apertura de la monarquía alauita de Marruecos¹⁰⁹; la transición del el viejo sistema,

105 Me parecen de gran interés las ideas aportadas por E. GELLNER: *Muslim Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

106 Texto sacado del artículo de JERCH, M.; LORCA, A.V.; ESCRIBANO, G.: «De Barcelona a Luxemburgo: la política euromediterránea». *Política Exterior*, nº 107, 2005, pp. 59-70; la cita corresponde a la p. 68.

107 *Ibidem*, p. 67.

108 En un reciente trabajo, R. GONZÁLEZ, escribe: «Los principales teóricos de la ideología islamista han mostrado, en general, una actitud de rechazo hacia la democracia, al menos lo que consideran el modelo «occidental» de democracia. A menudo, la crítica a la democracia se funde con la crítica al sistema de vida y a los valores occidentales, como si éstos fueran una consecuencia directa de aquella. En el islamismo clásico existe un rechazo general a la adopción de los elementos propios de la cultura occidental, siendo la democracia uno más de estos elementos». En «Democracia e islamismo», *Política Exterior*, nº 113, 2006, pp. 63-76, cit. p. 63. Más adelante, añade: «la crítica principal que comparten todos los pensadores islamistas es el hecho de que la soberanía popular no tenga ningún límite, de forma que se puedan llegar a aprobar normas contrarias a la ley divina», p. 64. Pero, dado que muchos islamistas parecen haber asumido que las urnas son el único medio para alcanzar el poder, se acogen a la democracia para así obtenerlo, y una vez conseguido, reconducir la democracia hacia una especie de «teocracia» al modo y manera de lo sucedido en Irán. Queda por ver hasta qué punto el islamismo constituye una ideología inmutable, o bien, por el contrario, es capaz de alcanzar compromisos en términos ideológicos cuanto el contexto lo requiera. El futuro señalará cuáles son las realidades construidas.

109 ZARROUK, M.: «Islamismo marroquí y democracia». *Política Exterior*, nº 103, 2005, pp.120-138.

casi de partido único, argelino¹¹⁰; el paso desde el antiguo régimen presidencialista y personalista de Túnez, tras su «revolución palaciega», y el más peculiar discurrir de la «revolución» Libia, muestran un abanico de situaciones dispar.

Lo que resulta indiscutible es que esta heterogénea naturaleza en el funcionamiento de sus sistemas políticos, entre Estados democráticos con otros que no lo son, constituye un marco escasamente propicio para articular relaciones estables y duraderas. Todo lo contrario, muchas de las cuestiones surgidas entre países vecinos se ven perjudicadas precisamente por esa causa estructural, fundamental. Con ello no se trata de dar lecciones a nadie, ni de marcar el camino hacia dónde debe de caminar alguno. Cada Estado, y cada civilización, debe escoger su propio discurrir y sus objetivos finales. Pero, hasta el momento, parece difícil presentar con realismo otro modelo superior, otra alternativa mejor, a la que ofrece la democracia liberal, parlamentaria, «burguesa», sostenida en el libre mercado y capitalista, como se la llama de manera despectiva, por algunos.

No obstante, debemos pensar, recapitulando, en tres aspectos ya abordados. Nos encontramos con unos contrastes económicos acusados, una dinámica demográfica dispar, que, unida a lo anterior, propicia flujos migratorios unidireccionales notables y unos modelos de estructuración política muy diferentes entre los Estados situados en ambas orillas del Mediterráneo occidental¹¹¹. Todo ello, unido a lo que se tratará a continuación, contribuye a que la realidad geopolítica no presente una situación apacible, tranquila. Más bien, lo contrario.

El estudio de las sociedades, su cultura y civilizaciones, constituye un asunto tan apasionante como extenso. Por eso escapa por completo a ser abordado con la atención que merece en un trabajo de esta naturaleza. Sin embargo no parece posible soslayar tales asuntos, con algunas consideraciones, –muy escuetas, por supuesto– para entender en su plena dimensión la realidad geopolítica que se analiza.

Los aspectos *sociales, culturales y religiosos*, se mezclan e interrelacionan de forma compleja en las civilizaciones vivas de nuestro tiempo. El paso lento y fecundo de siglos de Historia va dejando un poso plural, cuyo resultado final no favorece un estudio separado de las partes integradas. Numerosos intelectuales, desde diferentes campos científicos, hacen continuas referencias a esas aproximaciones y contactos. Desde la geografía son destacados¹¹². No está tan claro si a ello les mueve deseos bienintencionados o responden

110 Cfr. MEYNIER, G. (dir.): *L'Algérie Contemporaine. Bilan et solution pour sortir de la crise*. Paris, Col. Cahiers de Confluence, 2002.

111 Cfr. el trabajo de CALATRAVA, A.; MELERO, A.: *Política y economía en los países del Magreb: sus relaciones con España en el marco de la CEE*. Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1986, 164 pp. centrado, como señala su título, en el caso español, pero que puede ser un paradigma de lo escasas y banales que resultan las actuaciones europeas, poco apegadas a las necesidades reales.

112 Véase al respecto lo que ha escrito recientemente P. CLAVAL: «Le rôle de l'approche culturelle est d'analyser la complexité des situations culturelles et de voir comment des groupes différents arrivent à vivre ensemble et à s'enrichir mutuellement: c'est en faisant connaître ces expériences que le géographe peut contribuer à la venue d'un monde meilleur et de situations plus justes», en: *La Géographie du XXI siècle*. L' Harmattan, Paris, 2004, 243 pp.

a un planteamiento apegado a la realidad. Es evidente que tanto el cristianismo, el islamismo y el judaísmo, comparten visiones teleológicas de la Historia; lo cual las separa de aquellas otras visiones cíclicas o de naturaleza estática, dominantes en otras civilizaciones. Esa idea genérica se enfatiza en la última en aparecer, el islam, en comparación con las otras dos¹¹³. Pues bien, esta región del Mediterráneo occidental muestra como uno de sus rasgos esenciales radica en ser punto de contacto y contraste entre esos dos mundos dispares, el cristiano y el islámico, determinados por su dispar cultura, modo de organización social, donde la religión ha ejercido una gran influencia, pero en que ahora, en el presente, alcanza un peso y desempeña un papel muy distinto en ambas.

Durante siglos, la unidad lograda por Roma, más efectiva en la parte del occidental, comienza a desvanecerse con la disolución del Imperio. La fragmentación territorial resultante se ve alterada por la irrupción rápida y efectiva del Islam que lo trastoca todo. A partir de ahí esos mundos de frontera resultantes, durante trece siglos atravesarán por situaciones muy diferentes, con avances y retrocesos¹¹⁴. Todo ello confiere un gran interés geopolítico a esta región, que muestra ahora una gran dinamicidad de cambios.

En su parte norte, el cristianismo estuvo presente, desde sus inicios y casi durante quince siglos mantiene su hegemonía espiritual, se asienta como base esencial de la cultura de los diferentes pueblos y entidades políticas configurados sucesivamente al paso de los siglos. Aunque se intenta en varias ocasiones, nunca se alcanza una unidad política. Tampoco la autoridad religiosa papal resulta indiscutida más allá de su ámbito específico. Con las ideas renacentistas y la búsqueda de los antiguos ideales clásicos, se abren nuevos horizontes en el devenir de Europa Occidental. Los cambios son graduales y abarcan a diversos órdenes de la vida. Todo anuncia una visión diferente del mundo a partir de esa época. Pronto el Mediterráneo pierde su papel central y pasa a ir adquiriendo otro más marginal en el nuevo marco planetario que se perfila¹¹⁵. A través de la Ilustración la transformación de las mentalidades adquiere un giro radical. La organización de la sociedad, el propio Estado, el modelo de civilización, incluso, se enfocan desde una perspectiva diferente. Lo religioso, lo sobrenatural, irá quedando reducido, poco a poco, y limitado a las conciencias individuales, al sentimiento particular de cada uno. Su protagonismo en todo lo público progresivamente pierde fuerza. Como es de sobra conocido, no se trata de un recorrido unidireccional, tampoco su ritmo es constante; menos aún puede generalizarse su devenir de manera homogénea y similar a todos los Estados; ni siquiera creo que tenga

113 Es conocida su denominación de «gentes del libro», en el sentido de libro revelado, con el que los musulmanes asocian a las otras dos religiones. Puede verse al respecto: VV.AA.: *The Cambridge History of Islam*, 2 vols. Cambridge, 1970. SOURDEL, D. *La civilisation de l'Islam classique*, París, Arthaud, 1968.

114 Sin duda el caso más destacado en ese sentido es España. Más de siete siglos duró la pugna entre el avance cristiano del norte y el Islam en el sur. España, se construye o reconstruye, pues, frente al Islam. Luchando contra él. La bibliografía al respecto es ingente y no siempre coincidente la interpretación general. Basta señalar, a título de ejemplo, la seguida por SÁNCHEZ ALBORNOZ o AMÉRICO CASTRO, acerca del substrato esencial en esa España final.

115 Op. cit. BRAUDEL, 1981.

un sentido lineal¹¹⁶. En estos cuatro Estados latinos, objetos de nuestro estudio, donde la presencia y el peso del catolicismo ha sido más fuerte, a la vez que el protagonismo de la Iglesia era mayor y se mostraba más reacia a abandonar su papel influyente tradicional, el laicismo e incluso el anticlericalismo, han mostrado su virulencia más viva; tal vez como simple reacción.

Parece acertado señalar que hoy se vive una aparente paradoja. De una parte, toda la sociedad, su cultura y rasgos plurales, pero esenciales, de la civilización de estos países está impregnada de manera profunda, por elementos derivados de la religión, del cristianismo. Sin embargo, éste cada vez tiene menor presencia en el mundo oficial, de la política, del gobierno y en la propia estructura básica de los Estados¹¹⁷. Acaso como reacción a un pasado distinto se deriva esa postura beligerante hacia todo lo que ella significa. Por parte oficial, se advierte con frecuencia, incluso, una disposición más comprensiva con lo que representa, piden y solicitan otras minorías culturales radicadas en ella, caso de la islámica, que con los respectivos postulados propios de su mayoría ¿se trata de un planteamiento de discriminación positiva? ¿una mala conciencia de intransigencias pasadas? ¿un deseo de caminar hacia un multiculturalismo o un relativismo?. Es difícil contestar.

Frente a ello, en los países del sur, donde el islamismo es absolutamente dominante, su evolución reciente, planteamientos actuales y tendencias hacia donde se camina, ofrecen una situación completamente diferente¹¹⁸. Desde los inicios de su andadura, en el siglo VII, y en cuanto se organiza como califato, la cultura política y social que se organiza deja en manos del califa todos los poderes, sin más compromiso por su parte que defender a la

116 Me parece de gran interés la reflexión que hace sobre ello A. J. TOYMBEE: «el descubrimiento de movimientos que se repiten periódicamente en nuestro análisis del proceso de civilización no implica que el proceso mismo sea del mismo orden cíclico de aquellos. Por el contrario, si se puede sacar legítimamente alguna conclusión de la periodicidad de estos movimientos menores, podemos más bien inferir que el movimiento mayor que los arrastra no es recurrente, sino progresivo. La humanidad no es un Ixión atado para siempre a su rueda, ni un Sísifo empujando para siempre su piedra hasta la cima de la misma montaña y viéndola volver a caer irremisiblemente. Este es un mensaje de aliento para nosotros, los hijos de la Civilización Occidental... las civilizaciones muertas no han muerto por su destino, o en el curso de la naturaleza, y por tanto nuestra civilización viva no está condenada inexorablemente de antemano a sumarse a la mayoría de su especie», 1979, op. cit. Libro IV, p. 377.

117 Una constatación palpable de ello lo encontramos en el ya citado texto de la Constitución Europea, en curso de aprobación. Es bastante prolijo (consta de 448 artículos); en él no hay ni una sola mención a Dios; tampoco al cristianismo, menos al catolicismo, a pesar de lo que todo ello ha representado y significa para el conjunto de Europa. Sólo en su art. II-70,1 dice: «Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. Este derecho implica la libertad de cambiar de religión o de convicción, así como de manifestar su religión o sus convicciones individual o colectivamente, en público o en privado, a través del culto, la enseñanza, las prácticas y la observancia de los ritos». Esta tendencia se considera por muchos como un comportamiento acertado. «En Occidente, la no constitucionalización de la religión facilita la convivencia con compatriotas de religiones distintas...El laicismo de las constituciones nacionales y de la Constitución europea sigue siendo, en ese sentido, la mejor garantía de respeto religioso...», escribe D. DEL PINO, 2005, nº 106, op. cit, cit. p. 146. Es una opinión.

118 B. LEWIS: *Le retour de l' Islam*. París, Gallimard, 1985.

comunidad y a la religión¹¹⁹. Este sistema de organización no desentona en aquella época medieval con lo que era común, dominante; incluso puede decirse que era operativo y fructífero, dado su entorno¹²⁰. No es difícil afirmar, atendiendo a sus resultados, que todo eso propició y ayudó a su expansión y preeminencia durante siglos¹²¹. Ahora bien, uno de sus grandes problemas radica en que no ha sabido adaptarse ni evolucionar, al paso de los siglos, al ritmo en que lo han hecho otras civilizaciones del Planeta. En los países islámicos, por una serie de circunstancias complejas, de diferente naturaleza, pero todo ello ayudado por su singular modelo religioso-cultural y de índole política, cabe decir que, casi sin ninguna excepción, no ha habido ni revolución industrial, ni evolución cultural, y las bases sociales del poder económico están ancladas en unas estructuras que entroncan con las de siglos pasados. La propia división de poderes, algo consustancial en el mundo democrático, esencial porque favorece el equilibrio del funcionamiento político y, sin duda, difícil de llevar a buen término hasta sus últimas consecuencias, constituye una carencia casi absoluta en los países islámicos¹²². La preeminencia de la religión en el funcionamiento legal y jurídico, por señalar el más llamativo, lo dificulta en extremo. Y, como afirma tajantemente Zarrouk, «no hay democracia sin laicismo»¹²³. De ahí, que aunque parezca una paradoja, algunos regímenes árabes se han convertido en guardianes de una democracia que no existe¹²⁴. En el fondo, creo en el mantenimiento de la situación de déficit democrático, tal y como lo entendemos en occidente, se da una fatal suma de realidades. De una parte, esos aspectos consustanciales, derivados de la cultura y civilización islámicas, sirven de sustento básico. De otra, ello constituye la excusa perfecta para que las élites de cada país se mantengan en el poder, invocando, de diferente grado y manera, el mantenimiento del statu quo, que a ellos les perpetúa, y que lo ponen en práctica aludiendo al propio Islam y sus esencias.

Pero como la realidad es tozuda y confirma día a día con toda su crudeza las carencias que padece la población, su falta de desarrollo y el papel real que desempeñan estos países, se origina un estado de insatisfacción notorio, casi generalizado. Esto favorece el auge del islamismo. Así, la «ascendencia del islamismo deriva de su capacidad de solucionar, mediante la solidaridad popular, las carencias del Estado en materia de protección social»¹²⁵. Quizá fue Taha Hussein, intelectual egipcio, uno de los que mejor anticipó la

119 Cfr. BYNG, E.: *El mundo de los árabes*. Madrid, ed. esp., Espasa-Calpe, 1956, 280 pp.

120 Véase la obra LOMBARD, M.: *L'Islam dans sa première grandeur*. París, Flammarion, 1971, 346 pp.

121 Cfr. Op. cit. The Cambridge History of Islam, 1970, pp. 146 y ss.

122 L. MILLIOT: *Introduction a l'étude du Droit Musulman*. París, Ed. Recueil Sirey, 1953, 822 pp.

123 Cfr. ZARROUK, op. cit. p. 137.

124 Tal sensación se tiene cuando se oye el discurso político oficial argelino, que se ha venido repitiendo durante lustros. Y. LACOSTE es rotundo en ese sentido, dice: La guerra civil argelina, 1992-2002, es una nueva guerra de la independencia de los grupos islamistas frente al poder militar» Op. cit., 1999, p. 21.

125 PINO DEL, D.: «Alianza de civilizaciones ¿retórica o necesidad?». *Política Exterior*, nº 106, 2005, pp. 141-153. Cit, p. 152.

necesidad del Islam de buscar en el Mediterráneo el encuentro con Europa. Pero transcurrido el siglo XX, desde los primeros planteamiento que propugnaban su renovación, se constata con estupor que poco se ha hecho. Hace unas décadas era frecuente encontrar a intelectuales que tenían esperanza en que los procesos de descolonización favorecieran la modernización del Islam. Así pensaba F. Braudel¹²⁶. La confirmación hoy es palpable: el camino emprendido camina en otra dirección. Con rotundidad F. Fukuyama escribe: «a diferencia de lo conseguido por Japón, la mayor parte del mundo islámico nunca asimiló de manera convincente las importaciones occidentales, ni produjo el tipo de éxito político o económico que habían esperado los modernizadores del siglo pasado o comienzos del actual... El renacimiento islámico fue más una reafirmación nostálgica de un viejo conjunto de valores muy puros, de los que se afirmaba que existieron en el pasado distante... En ese sentido, el fundamentalismo islámico tiene una semejanza más que superficial con el fascismo europeo»¹²⁷. En el fondo, desde luego, es el propio mundo islámico, en ese caso, los Estados y sus estructuras, donde centramos nuestro análisis, «los que tienen en su mano pasar de la postración y la humillación a la ‘nahda’, el renacimiento en el que soñaron sus intelectuales a fines del siglo XIX»¹²⁸. No obstante, si se aborda con realismo el futuro, no sería justo considerarlos a estos cuatro de manera aislada, como una excepción, sino que para entender sus posibilidades y limitaciones hay que hacerlo dentro del conjunto del mundo islámico del que forman parte.

Todo lo indicado, con suma concisión, muestra de manera bastante evidente una realidad plena de contrastes, en todos los aspectos, entre los países del norte y el sur del Mediterráneo occidental. La conocida proximidad, las frecuentes relaciones, los flujos migratorios unidireccionales en alza y la presencia de crecientes minorías de magrebíes en los países del norte, y en mayor número y proporción de población islámica, conforman una realidad compleja. La desestructuración existente engendra inestabilidad. En su ámbito geopolítico muestra signos inquietantes. Las *consideraciones* siguientes tienen como objetivo aportar ciertas ideas al respecto.

Las relaciones, de todo tipo, entre países vecinos, tan próximos, con lazos históricos muy complejos y plurales, junto a todas aquellos otras asociadas con los flujos migratorios, en especial el copioso número de magrebíes residentes en los países europeos del norte, son numerosas. Pero, lejos de realizarse en un ambiente fluido y de confianza, se tiene la sensación de que predomina una situación enrarecida, con cierta tensión contenida, que cada vez tiende a degradarse y a agravarse más. Algunos autores claramente hablan con toda crudeza de que constituye un ejemplo evidente de choque de civiliza-

126 BRAUDEL, F.: *Las civilizaciones actuales. Estudio de Historia y economía social*. Madrid. Ed. esp. Tecnos, 6ª reimpresión, 1978, pp. 101 y ss.

127 FUKUYAMA, F.: *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, ed. esp. Planeta, 1992, 474 pp; cit. p. 322.

128 CLARET, A.: «La nueva centralidad del Mediterráneo». *Política Exterior*, nº 108, 2005, pp. 23-27. Cit. p. 25.

ciones. Huntington es tajante en tales afirmaciones. Escribe con rotundidad: «algunos occidentales afirman que Occidente no tiene problemas con el Islam, sino sólo con los extremistas violentos. Mil cuatrocientos años de historia demuestran lo contrario. Las relaciones entre el Islam y el cristianismo, tanto ortodoxo como occidental, han sido con frecuencia tempestuosas»¹²⁹. Y continúa precisando, como recuerdo: «el islam es la única civilización que ha puesto en duda la supervivencia de Occidente, y lo ha hecho al menos dos veces»¹³⁰. Para este autor, la raíz de este enfrentamiento radica en que «los islámicos insisten en las diferencias entre su civilización y la occidental, en la superioridad de su cultura y la necesidad de mantener la integridad de dicha cultura contra el violento ataque occidental. Los musulmanes temen y se indignan ante el poder occidental y la amenaza que supone para la sociedad y sus creencias. Consideran la cultura occidental materialista, corrupta, decadente e inmoral. También la juzgan seductora, y por ello insisten más aún en la necesidad de resistir a su fuerza de sugestión sobre la forma de vida musulmana. Cada vez más los musulmanes atacan a Occidente, no porque sea adepto a una religión imperfecta y errónea..., sino porque no se adhiere a ninguna religión en absoluto. A los ojos musulmanes, el laicismo, la irreligiosidad y, por tanto, la inmoralidad occidental son males peores que el cristianismo occidental que los produjo»¹³¹. Si se dan por válidas tales afirmaciones el futuro es poco esperanzador, porque no se atisba un cambio apreciable en el devenir occidental. Tampoco lo parece en la otra parte.

Lo que, tal vez, cabe considerar aún más preocupante es que «estas imágenes de un Occidente arrogante, materialista, represivo, brutal y decadente no sólo las tienen los imanes fundamentalistas, sino también aquellos a quienes muchos en Occidente considerarían sus aliados partidarios naturales»¹³². La postura de este autor es drástica al afirmar: «el problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico. Es el islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder»¹³³. F. Fukuyama explica este renacimiento del fundamentalismo islámico «que afecta virtualmente a todos los países del mundo en que vive una población musulmana importante, puede verse como respuesta al fracaso de las sociedades musulmanas en mantener su dignidad frente al Occidente no musulmán»¹³⁴. Este autor añade, a continuación: «la fuerza del fundamentalismo islámico sólo puede comprenderse si se entiende cuán profundamente la dignidad de la sociedad islámica ha sido herida por su doble fracaso en mantener la coherencia de su sociedad tradicional y en asimilar con éxito las teorías y valores occidentales»¹³⁵.

129 HUNTINGTON, S.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, ed. esp. Paidós Ibérica, 1ª reimpresión, 1997, 424 pp. cit. p. 249.

130 *Ibidem*, p. 250.

131 *Ibidem*, p. 254.

132 *Ibidem*, p. 255.

133 *Ibidem*, p. 259.

134 FUKUYAMA, op. cit., p. 321.

135 *Ibidem*, p. 323.

Preocupados, sin duda, por evitar llegar a extremos peligrosos no son pocos los autores, intelectuales y políticos que intentan reconducir y encauzar esa desestructuración regional y sus consecuentes relaciones viciadas. Es fácil estar de acuerdo en que la situación actual conduce a numerosos problemas, algunos ya apuntados, que sólo podrían mitigarse alcanzando, de partida, un mejor equilibrio económico¹³⁶. Esto para temas migratorios puede ser una ayuda. No obstante, estimo que la realidad es más compleja y adquiere otras dimensiones. En tal sentido, igualmente es fácil diseñar magníficos y preciosos postulados que, con harta frecuencia, no son más que meros brindis al sol¹³⁷. Así cualquiera suscribe de buen grado lo que dice D. del Pino «lograr que el Mediterráneo sea una zona de paz y democracia, de equidad distributiva entre el norte y el sur, de estabilidad, de diálogo, de prosperidad compartida»¹³⁸. Queda muy bonito; casi angelical. Yves Lacoste se muestra muy crítico sobre el alcance efectivo de quienes siguen ese camino, con mayor profusión, desde hace una docena de años, acerca del Mediterráneo; escribe: «este asunto es objeto de un creciente número de discursos lírico-diplomáticos, y de la necesidad de crear un espacio de cooperación euro-mediterráneo. Intelectuales y diplomáticos rivalizan en estos versos ecológicos-políticos: –el mar por excelencia que es preciso salvar–, junto a llamadas históricas para evocar reencuentros milenarios de civilizaciones dentro de la unidad mundial... son discursos que se hacen en París, en las ciudades del sur de Francia, pero, sobre todo, en Madrid y Barcelona (en esta última aprovechando para denunciar de paso el colonialismo español)».¹³⁹

En el fondo, a los países europeos lo que le interesa es la seguridad, su seguridad, a cambio de lo cual están dispuesta a conceder ciertas ayudas y buenas palabras. Pero, sus interlocutores son unos gobiernos no democráticos, formados por las elites de siempre, que ni representan a la mayoría de la ciudadanía ni están conduciendo a sus países hacia una mejora de su bienestar económico. Y son estos gobiernos los que se presentan como una alternativa diabólica: yo o el caos islamista. Tales gobiernos, escasamente representativos y, a menudo, plenos de corrupción, se oponen a las reformas, a cualquier tipo de reforma, ya que ven en ellas una amenaza a los privilegios que mantienen. Están demostrando, al

136 Esta idea la desarrolla bien R. SANDELL, en lo que se refiere a los flujos migratorios, cuando señala: «Tratar el desequilibrio demográfico y el potencial migratorio emergente entre las dos orillas del Mediterráneo requiere grandes dosis de ingenio en las políticas de la UE. Tales políticas no sólo deben tener en cuenta los posibles flujos de inmigración per se, sino también las posibilidades de crecimiento económico sostenible en los países de la orilla septentrional con el objetivo de diseñar acciones y políticas que aumenten la capacidad de los países africanos de absorber una mano de obra cada vez mayor. Fallar en el reto de fomentar un crecimiento económico en el norte de África podría resultar en una mayor tensión política en la región y, al mismo tiempo, contribuir a una inmigración descontrolada», op. cit, 2004, cit. p. 112.

137 Cfr. C. VALLAT: «Contrastes territoriaux et neo-économie dans le Bassin Méditerranéen». *L'Information Géographique*, nº 3, 2002, pp. 223-235.

138 PINO DEL: «España/Europa: una visión constructiva desde el Mediterráneo». *Política Exterior*, nº 101, 2004, pp. 59-70, cit. p. 61.

139 Op. cit., LACOSTE, 1999, p. 3.

paso de los años, una extraordinaria eficacia e imaginación para mantenerse en el poder, a costa de todo. Con semejante comportamiento «políticamente las diferencias sociales, la injusticia, la represión y la ineficacia por ofrecer a la población más desfavorecida los servicios necesarios, hacen que el distanciamiento de esos gobiernos con su población sea cada vez mayor. Regímenes políticos autocráticos y opresores que no permiten las libertades hacen imposible la aparición de movimientos de oposición laica con la desaparición de la URSS. La oposición posterior surgirá en las mezquitas, en un principio apoyada en por los propios gobiernos como contrapeso a la oposición laica. Después de la caída del muro de Berlín tomará vida propia la oposición islamista. La de la mezquita va a ser, está siendo, más difícil de combatir»¹⁴⁰. Con todo esto, el futuro que se vislumbra para el conjunto regional es preocupante. Porque para grandes masas de población residente en los Estados del sur, cada vez se agranda más y confirma la idea de «un Occidente arrogante, materialista, represivo brutal y decadente, que no sólo alcanza a los imanes fundamentalistas, sino también aquellos a quienes muchos en Occidente considerarían sus aliados, partidarios naturales»¹⁴¹.

En medio de esa situación estructural, escuetamente apuntada, la presencia de colectivos de magrebíes residiendo en los países del norte, asciende a varios millones de personas y son cifras en aumento rápido y continuado. Lo peculiar del caso es que aún pasando varias generaciones, sus descendientes no parecen dispuestos, en buena proporción, a conseguir una aceptable integración dentro de las sociedades respectivas; la realidad dista mucho de ser satisfactoria¹⁴². El caso más llamativo lo ofrece Francia, donde se calcula que sobre un colectivo inmigrante magrebí de 1,59 millones se evalúa el del conjunto de musulmanes, en más de cinco millones¹⁴³. La proximidad con sus puntos de origen, el mantenimiento de lazos continuos, que se renuevan y refuerzan sin parar, hacen fracasar los intentos de integración sustentados en buena medida en el 'sistema escolar republicano'. Quizás tampoco es ajeno a todo ello ese resurgimiento de lo islámico como valor en alza, al considerarse «una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder»¹⁴⁴. Cada vez más se generaliza la opinión de que la estabilidad de las comunidades musulmanas en Europa

140 Op. cit., JERCH, LORCA, ESCRIBANO, 2005, p. 63.

141 Op. cit. HUNTINGTON, 1997, p. 255.

142 Cfr. ALSAYYAD, N.: «Muslim Europe or Euro-Islam: On the Discours of Identity». En Alsayyad, N.; Castells, M. (eds.): *Muslim Europe or Euro-Islam*, Lanhan, Lexington Books, 2002.

143 Tal suma de población, representa una proporción superior al ocho por ciento. Lo destacado del caso es que frente a la integración satisfactoria y casi plena conseguida por otros numerosos colectivos llegados a Francia, desde el siglo XIX, los musulmanes no están siguiendo esa misma pauta. Los recelos y el desasosiego que ello crea son destacados continuamente en el vecino país. Véase al respecto: FREGOSI, F.: «France: le culte musulman et la République, la régulation publique de l'islam dans un cadre laïque». En Leveau, R.; Mohsen-Finan, K. Y Wihtol de Wenden, C. (dirs.): *L'islam en France et en Allemagne. Identités et citoyennetés*. Paris, La Documentation Française, 2001, PP. 23-46.

144 HUNTINGTON, 1997, op. cit. p. 259.

plantea un verdadero desafío, poniendo en cuestión la eficacia de los mecanismos jurídicos para acoger las instituciones de derecho extranjero, tanto desconocidas como contrarias a principios fundamentales del derecho vigente hoy día en Europa. Todo lo cual conlleva y representa una grave debilidad para la cohesión interna de los países receptores.

Extraña comprobar las respuestas tan prudentes, timoratas, acaso no exentas de cierta cobardía, dadas por los países europeos frente a exigencias y planteamientos de los colectivos islámicos más radicales que deben cumplir dentro de sus propios territorios soberanos. Tal vez el peso, la influencia y el temor que representan esos millones de musulmanes dentro de sus fronteras constituyen un argumento de fuerza para ese proceder. Éstos dificultan la toma de decisiones autónomas. Se trata, en numerosos casos crecientes, de situaciones que es posible calificar de auténtica autocensura. Muchas de las decisiones que se adoptan resultan poco comprensibles, aunque puedan ser políticamente correctas. Rentables sólo a corto plazo. Mediante ciertas concesiones dadas dudo que se puedan conseguir algunos de los objetivos que dicen propugnarse. La libertad de expresión, algo esencial en las civilizaciones occidentales, que ha costado mucho alcanzar y a la que nunca se debe renunciar, sin embargo, su práctica cotidiana, de hecho, se ve dificultada; en realidad su ejercicio encuentra unos límites cada vez mayores en numerosos aspectos relacionados o referidos al mundo islámico. Lo curioso es que, en nombre de lo «políticamente conveniente», son pocas las voces que se alzan contra semejantes actuaciones. A veces, incluso, se advierte que los gobiernos europeos, a causa de esas minorías no integradas, se sienten cautivos en sus tomas de decisiones soberanas, en especial en aquellas cuestiones que, de una u otra forma, pueden afectar directa o indirectamente a esos colectivos minoritarios de población islámica inmigrante y residente en ellos. De ser certeros, semejantes planteamientos, estaríamos ante un ejemplo palpable de unas minorías que ya, de facto, ejercen un peso y una influencia superior a lo que realmente significan en cuanto a su número. Debe tenerse presente que el derecho a la diferencia no debe llevar a la diferencia de los derechos. La misma ley para todos debe imperar, pues la asimilación es el único elemento que además garantiza la movilidad social. Todo ello, de continuar así no augura nada bueno para la convivencia ni el mantenimiento de la salud de nuestra libertad y democracia y, menos aún cara al futuro para las relaciones, dentro de cada país donde habitan copiosos colectivos islámicos, ni tampoco para el conjunto geopolítico de la región.

Esta realidad geopolítica es preciso contemplarla dentro de una consideración dinámica y temporal, pues «las comunidades humanas sobre sus espacios los países están siempre haciéndose. En ese vivir hay varios estratos de distinta velocidad: los de tiempo corto con sus fenómenos momentáneos de fugaz presencia, de pura actualidad; los de años o decenios y los de muy largos periodos, siempre presentes y de casi imperceptible modificación»¹⁴⁵.

145 PERPIÑÁ GRAU, R.: *Determinantes económico-políticos de los grandes espacios*. Barcelona, Nueva Colección labor, 1973, 192 pp., cit. p. 5.

Dentro de esa concepción habría que situar la realidad de nuestra civilización occidental de la que hace ya años anunció Spengler un cierto declinar¹⁴⁶.

A menudo, pues, se tiene la sensación de vivir una aparente paradoja. De un lado los cuatro países europeos aquí estudiados, representantes genuinos de lo que es el occidente europeo, de su forma de vida democrática, donde las libertades y la protección de los derechos humanos son una realidad cotidiana, todos ellos viven con mayor riqueza y opulencia, formando parte de una Unión y con un aparato defensivo común, la OTAN. Todo se aúna para deducir, acerca de los mismos una situación de fuerza, bienestar y seguridad. De otro, los cuatro del Magreb, conspicuos ejemplos de ese vasto mundo islámico que, en cierta medida, significan el contrapunto de lo anterior. A semejante situación contrastada, se ha accedido desde la anterior vivencia colonial. En poco tiempo hemos alcanzado otra realidad bien distinta, de latente enfrentamiento y tensiones, en que los países del sur marcan la iniciativa y limitan la actuación de los del norte. Todos dentro de una vecindad territorial, geográfica, con una proximidad espacial incuestionable, formando parte de un complejo entramado geopolítico que muestra signos y tensiones inquietantes. El futuro, como señala Popper¹⁴⁷, está abierto, nos pertenece, depende de nosotros, está por construir. Importa, por consiguiente, proceder en la dirección adecuada. Nos va mucho a todos en que sea así.

146 Cfr. SPENGLER, O.: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal*. 1ª ED. 1919; edición esp. consultada Espasa-Calpe, Madrid, 1976, 652 pp. De sobra es conocida la idea de este autor que interpreta la evolución de una civilización como algo paralelo al del ser humano. Así, cuando dice: «Los conceptos fundamentales de todo lo orgánico: nacimiento, muerte, juventud, vejez, duración de la vida, ¿no tendrán también en esta esfera un sentido ríguoso que nadie aún ha desentrañado? ¿No habrá, en suma, a la base de todo lo histórico, ciertas protoformas biográficas universales?», cit. p. 26. Incluso hay quien se pregunta, como cuestión clave, ahora, es que lo esencial «no es si la civilización occidental puede salvarse, sino si lo merece», op. cit., A. HERMANN, 1997, p. 17.

147 Cfr. K.R. POPPER: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, ed. esp. Orbis, 2 vols. 1985, 540 pp.